
ESPACIO
EL PLANETA MUERTO
MARCUS SIDEREO

MARCUS SIDEREO

EL PLANETA MUERTO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 15.152 —1970

Printed, in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Herb despertó, no sabía exactamente dónde se encontraba.

Al abrir los ojos, la pequeña habitación de paredes grisáceas se le antojó un igloo.

Tenía frío. Mucho frío.

No era el frío natural que se experimentaba cuando la temperatura ha descendido más de lo normal. Su frío era algo que le helaba hasta lo más profundo de su ser.

No era tampoco un frío material tan sólo, sino como si hasta su espíritu se hubiera congelado.

— ¡Congelado! —exclamó para sí.

¡Congelado!

Ésta era la palabra.

Movió los dedos de las manos y los de los pies. Todo funcionaba perfectamente.

Las articulaciones también respondían a sus movimientos. ¡Estaba vivo!

Sin embargo…

¿Por qué? Por qué… sentía aquella rara sensación de hallarse en un mundo distinto.

Comenzó a pensar.

Su mente intentaba retrotraerse a la última cosa que hizo cuando todavía no le había invadido aquel sueño, que ahora se le antojaba que empezó en una vida pasada.

Se hallaba lejos…

No «se hallaba». «Se sentía…»

Él mismo. Todo su cuerpo, todo su ser, era como si hubiese sido transportado a una región extraña.

¿Acaso estaba muerto?

La experiencia de la muerte es la única que no se puede contar jamás, porque de la muerte no se vuelve para dar detalles.

Pero no…

Él estaba vivo.

Se pellizcó un muslo y sintió el dolor, pero notó también aquel estado frío, helado.

— « ¿Dónde estaba yo?» —se preguntó.

— « ¿Qué hacía antes de dormirme?»

Porque había dormido… Y además, se encontraba en una cama.

¿Una cama?

Miró en torno suyo.

Sí. Podía llamársele una cama, aunque fuese de tablas —le dolía la espalda—, y ni siquiera tuviese una mala colchoneta donde la espalda pudiera descansar.

También observó la habitación —si de tal modo podía llamársela y vio que no existía mueble alguno, ni percha.

Entonces notó que estaba completamente vestido.

Miró sus ropas y reconoció las que solía llevar en…

¿En dónde?

La memoria le flaqueaba

Vagamente pasó por su imaginación la idea de un laboratorio.

¿Un laboratorio?

¿Dónde?

Se preguntó. ¿Qué diantre era un laboratorio?

— «Debo de estar soñando» —pensó—. «En los sueños, uno imagina cosas raras.

Volvió a repasar con la mirada aquel estrecho dormitorio.

Había una sola puerta, muy pequeña. Era necesario pasar casi en cuclillas para salir a la otra estancia, pero…

¿Qué otra estancia?

¿Dónde estaba en realidad?

Herb se incorporó de la especie de camastro donde se hallaba.

Unos pasos llamaron su atención.

Se fijó en la puerta.

Entonces apareció el hombre. El hombre era su amigo MacKingley.

— ¡Mac! —exclamó, sonriendo.

Temeroso de estar sufriendo una de esas pesadillas tan semejantes a la realidad, sonrió y hasta lanzó una carcajada.

— No sé de qué te ríes —le espetó MacKingley mirándole con aspecto severo.

— ¡Soñamos juntos, Mac! Esto no puede ser verdad —replicó Herb poniéndose en pie.

El frío no le había abandonado, pero lo resistía con serenidad.

— Has dormido bien, ¿verdad? —replicó Mac en tono tajante.

Mac venía a representar la misma edad de Herb. Más o menos, unos treinta años y con un rostro clásicamente americano, de *boy-scout* del siglo XX.

— Oye… ¿dónde estamos? —inquirió Herb.

— No. No me lo digas —añadió—. Éste es el polo helado. El último descubrimiento de von Maklenbinch… ¿Por qué diablos todos nuestros técnicos deben ser alemanes?

— ¿De qué estás hablando? —replicó MacKingley, con la expresión propia de quien escucha a un chiquillo excusándose de haber cometido una trastada.

—¡Del *polo* neutro! Eso que descubrimos hace unos cincuenta años o así.

— ¡Polo neutro! —rezongó el otro.

— ¡Oye, Mac…! De acuerdo que me he dormido… Antes de tenderme, supongo estaba trabajando en un laboratorio o cosa parecida.

— ¡Todavía duermes! Anda, tiéndete. Cuando comprendas la realidad, hablaremos. Puede que consigas ayudarme —replicó MacKingley en tono paternal.

— ¡Mac! —exclamó Herb, al ver que su amigo intentaba marcharse por la puerta por la que era necesario agacharse para poder atravesar el dintel.

— ¿Qué?

— En serio. ¿Dónde estamos?

— ¡El mundo se acabó, Herb! —exclamó el otro, como si pronunciara una sentencia.

— ¿Qué?

— Que ya no existe Nueva York, ni Hollywood, ni los canales de televisión… ¿Entiendes?

— Es un chiste.

— ¡Vete al diablo! ¡No existe nada!

— Oye, Mac… He tenido un sueño pesado… No bromees.

— ¡No bromeo, Herb! ¡Estamos en… el otro lado de la Tierra!

— ¿Eeh?

Mac lanzó un bufido, como aquél que tiene prisa para hacer algo y viene un pelmazo a estorbarle.

— Está bien, hijo. Te lo diré en otras palabras: El mundo se ha ido a freír espárragos… La tierra se acabó. ¡Se acabó! ¿Lo entiendes ahora?

— Pero nosotros… —puntualizó Herb, siguiendo la conversación sin demasiado convencimiento.

Mac se volvió hacia atrás.

— Nosotros… ¡Nosotros somos los únicos supervivientes! Tú y yo. ¿Comprendes ahora? ¡Tú y yo!

Y lo dijo con el mismo tono de reproche con que le hubiera querido decir.

— ¡Lástima que no fueras una mujer!

CAPÍTULO II

No. No existía ningún otro ser viviente.

Herb salió a la superficie y lo comprobó.

Y la superficie estaba helada.

Con ojos atónitos comprobó el desolado panorama que se extendía ante sus ojos.

Lo que en tiempos pudo ser agua, se había congelado y no se veía nada desde su punto de observación hasta donde alcanzaba su vista.

— Bonito espectáculo, ¿eh? —gruñó Mac, en segundo término.

La única luz del lugar provenía del fondo de aquel igloo, o cosa parecida. Lo demás estaba en tinieblas, como una noche sin luna. Una noche oscura, sin esperanzas de que emergiera del horizonte un nuevo sol.

— ¿Qué más Mac? —preguntó Herb.

— Pues que ya no existe esa tierra de pesadilla que tanto preocupaba a los técnicos que habían conseguido que otros fueran a Marte para comprobar que allí no había nada. ¡Maldita sea! Esto ya lo sabía yo antes del experimento… ¡No hay nadie! En el espacio no hay nadie.

Herb miró al cielo. ¿Era el cielo?

Bueno. Todo tenía el mismo tono azulado. Oscuro… ¿Dónde estaban? No lo preguntó al principio. Miró hacia arriba. ¿Hacia arriba?

No estaba seguro de nada. ¡Hacia arriba! ¡Hacia abajo!

Daba lo mismo.

Herb había realizado viajes espaciales. Había ido a la Luna, a Marte, y hasta al nuevo planeta Juno y el exterior de tales planetas se le antojó lo mismo que el lugar donde estaba. Vacío, falto de luz, de un azul marino tenebroso, sin luces, sin «estrellas».

¿Dónde diablos estaba?

Y Mac, como de costumbre, gruñía siempre. Gruñía por todo. Nunca estaba de acuerdo con nada y, por ende, apenas si daba explicaciones cuando eran precisas.

— ¡Por todos los santos, Mac! —exclamó Herb, fuera de sí—. Dime dónde estamos.

Mac, desde el umbral de la especie de igloo, lanzó una mirada estúpida a su amigo.

— ¡No lo sé! —replicó el otro.

Mac venía ser el eterno ayudante en todo. El que resuelve problemas inmediatamente después de que se plantean.

Por el contrario, Herb parecía el jefe de una expedición, aunque en aquellos instantes se encontrara totalmente ajeno a la hipotética misión en la que creía encontrarse.

— ¡Mac!… ¿ha ocurrido algo? Esto es como un polo… Hace años descubrimos el llamado «polo neutro». Un lugar de donde provenían todas las inquietudes atmosféricas… Los vientos, las nieves… Bueno…no era así como lo describieron los técnicos, pero ese lugar por sus especiales circunstancias hacía que el clima variara según los lugares.

— Yo te acompañé en esa misión —repuso Mac en tono condescendiente.

— No hemos vuelto, ¿verdad?

— No. No, no hemos vuelto.

— Entonces… Esto…

— Herb… Es posible que no lo recuerdes…

— ¿Qué ha pasado en realidad?

— No lo sé. Ni nadie puede saberlo. Ya te he dicho que tú y yo, que yo sepa, somos los únicos supervivientes de toda la naturaleza.

— No comprendo.

— La Tierra se enfrió. Ni fuego, ni bombas atómicas, ni habitantes de otros planetas. La explicación es simplísima.

—¿Enfriarse la Tierra…? ¡Mac! Para eso hubiera hecho falta que el Sol dejara de lucir, y entonces… según los estudios…

— ¡Al diablo la teoría! —exclamó Mac enojado.

— ¿Pero…?

— No hay tierra, no hay teoría, no hay estudios. El Sol se largó. Se desintegro… La Tierra no sé si existe o no, pero lo que queda de ella quedó helado. Primero, el agua… ¡Los mares helados!

— Es como una pesadilla.

— ¡Los mares helados! —exclamó Mac para que no le interrumpiera.

— ¡Los mares helados! —repitió Herb en el mismo tono.

—Sí. Y los ríos. Y todo… en *teoría* — y subrayó la palabra—,

resulta curioso. Mares, ríos… todo. Todo completamente helado. Compruébalo tú mismo. Cinco metros de aire «frío», y ponle unos diez de algo que cayó del «cielo» en forma de cristales. Después, el nitrógeno y finalmente, el oxígeno. ¡Todo helado! ¡Helado, sí! ¡Al diablo con los técnicos! ¡Al diablo las probabilidades, las matemáticas y los logaritmos! ¡Todo helado! ¡No hay Sol y no hay Tierra!

— ¿Cuándo ocurrió eso?

—No lo sé… Yo también quedé dormido… ¡Todo el mundo quedó dormido, sólo que tú y yo despertamos! El profesor Rallystone dijo que había que mantener constantemente el fuego. Sin fuego no se puede vivir…

Herb volvió la mirada atrás.

A través de la pequeña puerta de entrada se podía divisar una luz oscilante, pero continua.

— ¡Rayos atómicos! —exclamó Mac como si maldijera.

—¿Eh?

—Nos mantenemos vivos gracias a esa chispa nuclear… En los laboratorios tenemos energía de esta clase para calentar a diez «tierras». Rallystone lo dijo cuando vio acercarse la hecatombe, pero él no pudo salvarse, con su manía de seguir investigando, la manera de salvar a los demás… ¡Para lo que se lo van a agradecer! ¡Han muerto todos…! ¡Todos, Herb!

— ¡Y yo, durmiendo! —exclamó el aludido.

—Bueno… Todos dormimos… Eso produjo como un extraño sueño. Rallystone dijo que era como el estado de congelación normal. Algo congelado «duerme». Un cuerpo, sea cual fuere su materia, al ponerse dentro de un congelador, queda dormido.

— Y la Tierra es un congelador… —Herb sonrió amargamente.

— Un inmenso congelador —repuso el que en… «tiempos» fuera su ayudante.

— Pero estamos vivos —murmuró Herb aproximándose más a la muralla de hielo que se extendía ante sí, formando diversas y curiosas capas que, aun siendo «incoloras», podían distinguirse.

— Agua, oxígeno, nitrógeno… —murmuró.

—Sí. ¡Todo helado!— exclamó Mac—. ¡Helado contra todo pronóstico! Nada de lo que se dijo, nada de lo que se previno, ha resultado… ¿Te das cuenta? Todo ha sido mucho más simple…

¡Muerte por congelación! ¡Anda, vámonos dentro…! ¡Si no fuera por los trajes, nos habríamos congelado!

— ¿Los trajes?

Hasta entonces, Herb no se dio cuenta de que su mono, similar al de los vuelos espaciales, le aislaba completamente la piel de la intemperie.

También la cabeza se hallaba cubierta por la delgada capa aislante.

— ¿Es… todo? —murmuró entrando en la especie de igloo.

— Sí. Todo el mundo. ¡Se acabó! El Sol se largó.

— ¿Y la Tierra?

— ¡Esto es la Tierra, muchacho!

— Pero… ¿dónde estamos?

— ¡Si yo lo supiera! En cualquier parte —resopló MacKingley.

— Pero nos hemos salvado.

— Eso es evidente. Estábamos en vuelo. Destino desconocido. Viaje de programa. Pilotos MacKingley y Herb. Comandante de la nave: Gorochenko.

— ¡Gorochenko! —exclamó Herb, cayendo en la cuenta de que faltaba uno—. ¿Dónde diablos está Gorochenko?

— Se lanzó en paracaídas, igual que nosotros, pero ya no he vuelto a verle.

— ¿He estado mucho tiempo durmiendo?

—Algo más que yo. No lo sé exactamente. Hemos dormido mil años tal vez. El estado de congelación nos ha salvado.

— Pero no estamos congelados. Esos trajes…

— Sí —cortó Mac—. Estos trajes nos aíslan, pero estamos contagiados del ambiente exterior. ¿Comprendes?

— No.

— Ni yo tampoco… —Buscó algo de una pequeña carterita. Sacó un librito.

— Útiles para casos de emergencia —recitó, mientras abría el libro y buscaba en una de sus páginas.

— Aquí está —dijo encontrando lo que quería leer—. Toma.

Herb tomó el pequeño volumen y leyó.

Después de unos instantes comentó:

— Bueno. Aquí dice que los trajes protegen de la congelación, pero que los cuerpos sometidos a hibernación pueden conservarse

por un tiempo no determinado.

— Exacto.

— Pero los trajes son herméticos —replicó Herb.

— Pero mantienen el estado de hibernación. Es un círculo vicioso. La temperatura exterior nos mataría en menos de un minuto, pero la «otra» congelación. La artificial, la que emana de esos trajes, es la que nos ha permitido dormir sin precisar alimentos y conservarnos hasta ahora. Y maldito si sé el día que es, la hora y el año en que vivimos, aunque supongo que todo esto ahora carece de importancia.

— ¿Tenemos provisiones?

— Pastillas vitamínicas. Podemos subsistir unos cuantos días…

— Y siempre será de noche…—musitó pensativamente Herb.

— Eso sí, muchacho. No hay sol. La oscuridad es perpetua.

Miró las antorchas de blanca luz brillante.

— ¿Cuánta energía nos queda? —inquirió Herb.

Mac se encogió de hombros.

— Creo que bastante.

La llama homogénea que emanaba de los dos cirios producía una luz equivalente a unos cien watios. Aquella energía nuclear era el único símbolo de una época supercivilizada que se había extinguido.

— No puedo hacerme a la idea de que estemos tú y yo solos en el mundo… o en donde sea —murmuró Herb, asomando nuevamente a la puerta del igloo.

— Pues así parece ser.

— ¿Has explorado, Mac?

— Un poco, pero no me he alejado demasiado.

— ¿No hay nada?

— Nada de nada. Estamos en un desierto de hielo.

— ¿Y esta especie de casa?

— ¿No lo adivinas? Es el refugio sintético de emergencia.

— Pero sí parece…

— Sí… Se ha helado. Forma parte del ambiente, pero resiste, y por lo menos nos permite estar a cubierto, aunque no sirva de gran cosa.

— Habrá que explorar, Mac. Todo no puede ser igual.

— No te hagas ilusiones, muchacho —replicó MacKingley, que

de los dos parecía ser el que estaba de vuelta de todo.

En el profundo silencio de la noche eterna, algo pareció llegar hasta ellos.

Era una especie de ruido deslizante… Como si algo se moviera por encima de la superficie helada.

— ¿Qué ha sido esto? —murmuró MacKingley.

Herb oteó el horizonte oscurecido.

No se veía nada, pero el sonido continuó escuchándose.

— Herb, esto no me gusta —declaró Mac.

— ¿Tienes las armas?

— Sí. Dos pistolas.

— ¡Vamos! Hay que averiguar qué es esto —dijo Herb resuelto.

Y cogieron las dos pistolas metidas en las respectivas fundas, sujetas a sendos cintos.

CAPÍTULO III

Dos diminutas linternas nucleares lanzaban sendos haces de luz taladrando las tinieblas del desierto helado.

— Ha sido en esa dirección —bisbiseó Herb, señalando un punto con su haz de luz.

MacKingley asintió.

Continuaron la marcha, alumbrándose con la luz de sus potentes linternas.

— Nos estamos alejando mucho —dijo Mac.

— Es extraño… El ruido parecía llegar de por aquí. Sigue oyéndose, pero no se ve nada.

Se detuvieron y prestaron mayor atención.

Sí… Algo parecía deslizarse. Algo inconcreto y tal vez… incorpóreo.

— Diría que es algo así como… unos esquíes —dijo Herb.

— O unos patines para hielo. ¿No has patinado nunca sobre hielo?

Herb asintió.

—Sí. En la pista de Nueva York… ¡Exacto! Son patines de hielo…— exclamó Herb completamente convencido.

— No creo que a nadie se le ocurra hacer deporte —replicó Mac.

Guardaron silencio.

Y otra vez aquel ruido.

De pronto, el punto de luz de Mac se detuvo en algo inconcreto que contrastaba con la blancura de la superficie helada.

— ¡Mira! —exclamó.

A unos veinte metros parecía encontrarse un cuerpo tumbado sobre el hielo.

A medida que los dos hombres se acercaron, el cuerpo iba tomando forma.

— ¡Es un hombre! —exclamó Herb.

Las botas claveteadas se adherían fuertemente al hielo, impidiendo que pudieran resbalar. La marcha, sin embargo, se hacía lenta y penosa.

Cuando al fin llegaron, pudieron comprobar que en efecto, se trataba de un hombre, tumbado boca abajo, rígido, helado.

Al volverlo, los dos compañeros cambiaron una mirada llena de sorpresa y de espanto a la vez.

— ¡Es Gorochenko! —exclamó Herb en un susurro.

Tenía los ojos abiertos. Muy abiertos. Mucho más abiertos de lo normal.

— Parece como si hubiera visto algo que le llenase de terror — musitó MacKingley.

— Eso mismo pensaba yo.

Había sido despojado de su traje especial y llevaba puesto un simple mono negro, ajustado al cuerpo,

— Veamos si tiene alguna herida —opinó Herb.

Lo volvieron con alguna dificultad. El peso del cuerpo helado era superior al normal.

— No. No tiene ninguna herida.

— Debió morir por congelación —dijo Mac.

— Pero antes vio algo. Fíjate en sus ojos. Hasta incluso parece que nos quiere indicar alguna cosa.

— ¿Qué pudo ver? —se preguntó Mac en voz alta.

— Algo relacionado con ese ruido —añadió en Herb un susurro.

El ruido persistía. Monótono como el tictac de un reloj, aunque no fuese ese su sonido precisamente.

— Tenemos que averiguar qué demonios es esto —manifestó MacKingley incorporándose.

— ¿Lo dejamos aquí? —repuso el cuerpo de Gorochenko.

— No creo que nadie se lo lleve. Ya vendremos por él.

— Sigamos.

— Conviene no desviamos.

— Vamos siguiendo una línea recta. Al menos, eso creo —dijo Herb, consultando inútilmente una brújula.

La tiró.

— ¡Bah! No sirve de nada. No existe el norte, ni el sur… Nada. Como si «esto» no tuviera puntos cardinales.

— No los tiene —comentó Mac.

— No viviremos mucho tiempo, Mac… Cuando se terminen las provisiones no tendremos nada con que alimentarnos. Esto es un cementerio. Es como hallarse enterrado en vida, esperando a que se acabe el último soplo de aire.

— No eres muy optimista.

—¿Crees que hay motivos para serlo?

— Escucha, Herb… Tenemos que encontrar la nave.

— ¿La nave?

— Sí. Cuando saltamos, pusimos el automático. Es probable que planeara sola.

— ¿Había combustible?

— Creo que sí.

— Bueno… Con la nave podríamos echar un vistazo, aunque dudo que haya mucho que ver.

En aquel instante, el ruido se hizo más fuerte, más tangible, como si estuvieran próximos al lugar de donde procedía.

— Atención —advirtió MacKingley.

Casi al mismo tiempo, los dos hombres desenfundaron sus respectivas pistolas y avanzaron con los sentidos atentos.

No se veía nada. El panorama seguía siendo el mismo de siempre: hielo. Siempre hielo.

No había montañas, ni valles, ni accidentes de ninguna clase. Aquella era una pista inmensa, llana, lisa, de color blancomate.

Todavía anduvieron como un centenar de metros, hasta que los dos puntos de luz de sus linternas convergieron en algo que, por vez primera, rompía la monotonía del paisaje.

— Pero… ¿Qué es esto? —exclamó Herb deteniendo su marcha.

Mac le imitó.

La luz de las dos linternas recorrió el «obstáculo».

Era como una montaña, formada por un plano inclinado. La vertiente que tenían ante sus ojos venía a ser una pared oblicua que, al terminar a la altura de unos tres pisos corrientes, parecía continuar en otro plano más elevado.

Según se mirara aquello reforzaba todavía más aquel ambiente de pesadilla.

— Todo listo —dijo Herb.

— El ruido viene de ahí —añadió Mac.

Sí. El ruido se hizo un poco más intenso. Allí había «algo».

CAPÍTULO IV

Al subir por el plano inclinado resbalaron varias veces. La pendiente resultaba demasiado pronunciada y no había saliente donde asirse.

— Utiliza el destornillador —indicó Herb.

Mac sacó el estuche de herramientas sujeto a la pernera del pantalón.

El destornillador —herramienta de varios usos— le sirvió de bastón.

Clavándolo en el hielo, lo utilizaron como agarradera.

Primero subió Mac; luego tendió la mano a su compañero y le invitó:

— Vamos, sube.

Tirando de él, consiguió que subiera hasta donde se encontraba.

Resultaba una extraña escalada, pero tenían que valerse de los pocos medios que poseían.

La pendiente tenía unos doce o catorce metros que al final lograron vencer.

Cuando estuvieron en lo cima, comprobaron que se hallaban de nuevo en otra inmensa pista sinfín, únicamente más elevada que la que había más abajo, pero sin variantes.

Pero el ruido continuaba.

— ¿Te das cuenta? Procede de abajo —manifestó Herb en voz baja.

— Sí… está debajo de nuestros pies —admitió MacKingley.

— ¿Habrá alguien?

— Veamos si hay alguna entrada.

Taladraron con los chorros de luz de sus respectivas linternas toda la superficie, pero no se divisaba lugar alguno por donde penetrar.

De pronto, Herb detuvo su linterna en un punto determinado del suelo.

— ¡Mira!

— ¿Qué es esto?

Era una especie de agujero redondo, de unos cinco centímetros de diámetro.

— ¡Se va agrandando! —exclamó Herb.

En efecto, la circunferencia se hacía mayor de una forma simétrica, como si desde el subsuelo alguien estuviera fundiendo el hielo.

Cuando alcanzó el doble de diámetro, cesó de agrandarse.

— Miremos lo que hay debajo —dijo Herb aproximándose.

Mac le siguió.

Herb introdujo la linterna por el agujero y, durante unos instantes, estuvieron los dos observando el interior.

— Parece una cueva —susurró Mac.

— Sí.

Con la luz intentaron llegar a todos los rincones.

— No se ve nada —dijo Herb.

— Pero ese agujero no se ha hecho solo.

— ¿No notas algo?

— El ruido… ha cesado.

— Tengo la vaga sensación de que alguien nos está observando —susurró MacKingley.

— Lo mismo me ocurre a mí.

Dejaron de mirar por el agujero, para volverse y observar en torno suyo.

No vieron nada.

— ¡Mira! —exclamó Herb.

Mac volvió los ojos a la circunferencia del suelo.

¡Se estaba cerrando!

En pocos segundos, la capa de hielo volvió a ser compacta, sin que quedara huella alguna de la anterior abertura.

— ¡Esto no se hace solo! No hay duda de que debajo de nosotros hay alguien —dijo Mac.

— Pronto saldremos de dudas… ¿Llevas el martillo neumático?

—Sí.

— ¡Dámelo!

Del estuche de las herramientas, Mac sacó un taladro de unos 30 centímetros. Funcionaba pulsando el botón superior.

Herb lo aplicó contra el suelo para horadar la superficie.

Primero, el hielo cedió perfectamente, pero cuando el taladro hubo llegado más o menos a la mitad pareció encontrar resistencia.

— Hay algo duro —dijo Herb.

— Haz el boquete más grande.

— Lo intentaré.

Herb tardó unos diez minutos en agrandar el agujero, pero la circunferencia irregular que practicó terminaba indefectiblemente a los quince centímetros de profundidad poco más o menos.

A la luz de las linternas vieron que, aparentemente, lo que seguía tras la perforación era del mismo color que el hielo, pero no cabía duda de que estaba fabricado de un material resistente a la pequeña perforadora.

— Es como una especie de plancha metálica. Y parece maciza —objetó Herb.

— ¿Quién ha podido fabricar esto? —se preguntó Mac.

— Ahora sabemos que hay alguien… Y no estoy muy seguro de que podamos fiamos de quienquiera que sea. No estaré tranquilo hasta que vea con mis propios ojos quiénes viven ahí abajo.

De pronto, el ruido «deslizante», que poco antes había cesado, volvió a escucharse, pero de forma más intensa.

Al volver los ojos instintivamente, MacKingley exclamó:

— ¡Cuidado, Herb!

Muy cerca de él se abría uno de aquellos agujeros redondos, pero mucho más rápidamente que el anterior.

Más allá, otro agujero se agrandaba prácticamente.

— Esto parecen trampas —dijo Herb, apartándose para no ser absorbido por la abertura que había alcanzado el espacio suficiente para que pasara un cuerpo humano.

Mac saltó a un lado, al advertir que, junto, a sus pies, se estaba abriendo un tercer agujero.

Los dos amigos retrocedieron, mientras el suelo, como un gigantesco queso gruyere, seguían llenándose de aquella especie de trampas.

— ¡Salgamos de aquí, Mac! —gritó Herb.

Estaban ya al borde de la pendiente y las circunferencias

continuaban surgiendo de los lugares más diversos.

— ¡Es una trampa! No cabe duda —declaró Mac. Alzó más la voz para gritar:

—¡Eh! Quienquiera que haya aquí, que salga… Somos gente de paz.

Nadie respondió, pero a medida que surgían nuevas trampas el sonido «deslizante» crecía de volumen. Entonces surgió un grito desgarrador.

Era un chillido de terror, brotado de una garganta femenina.

— Una mujer… —susurró Mac.

No era posible acercarse, porque en cualquier lugar podía abrirse una nueva trampa y engullirlos.

Y de nuevo volvió a escucharse el grito femenino. Los dos hombres se miraron. Sabían que tenía que hacer algo, pero ignoraban qué.

Y el ruido llegó a hacerse ensordecedor.

CAPÍTULO V

La mujer surgió catapultada de una de las aberturas circulares del suelo.

Corrió entre los agujeros, aterrorizada.

Herb la detuvo, y ella se debatió entre sus brazos. Primero con miedo, luego, porque, a pesar de que la presencia de los dos hombres parecía tranquilizarla, no podía dominar su crisis nerviosa.

Aquella mujer estaba al borde del histerismo.

— ¡Tranquilícese, tranquilícese! —rogo Herb—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

A través del visor transparente de su escafandra, Herb y MacKingley podían ver los ojos grandes, aterrorizados, de la muchacha, que parecía bastante joven.

Un mechón de pelo colgaba del lado izquierdo de su frente. Y era hermosa.

Apenas pudo balbucir.

— Sáquenme de aquí… Huyamos, huyamos de esos monstruos.

El suelo ya era un inmenso colador, y por cada una de aquellas aberturas podía pasar perfectamente el cuerpo de una persona por robusta que fuera.

— ¡Nos atacarán! —añadió ella.

Mac asintió, dando a entender a su compañero que era mejor ir a un sitio más seguro y averiguar todo lo que aquella muchacha pudiera explicarles.

Sentándose en el suelo, se deslizaron luego por la pendiente como en un tobogán.

Al llegar al piso inferior, comenzaron a andar erguidos. En el suelo no dejaban la menor huella de clavos. Apenas levantaban la suela se borraban las marcas y la superficie volvía a quedar lisa.

— Iremos a nuestra cabaña. Intentaré preparar café —indicó Mac.

Estaban lejos todavía.

— ¿Puede andar? —preguntó Herb a la joven.

Por toda respuesta, ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

De cuando en cuando, miraba hacia atrás como si temiera que

pudieran seguirles.

Herb y MacKingley volvían las linternas hacia su espalda, para cerciorarse de que no eran seguidos.

— A distancia no es posible «verles» —explicó ella.

— ¿No es posible verles? —inquirió Mac.

— No.

— ¿A quiénes? —preguntó Herb a su vez.

— A «ellos».

— ¿Quiénes son? —La pregunta partió de Herb esta vez.

— No lo sé… No lo sé —balbució la mujer, a quien el solo recuerdo de lo que «había visto» parecía producirle continuos escalofríos.

Su vestimenta, un mono que no dejaba al descubierto ni la zona más insignificante de su piel, era semejante al que usaban los dos amigos.

— ¿De dónde es usted? ¿Qué hacía aquí? —preguntó MacKingley.

— Por favor… No me hagan hablar ahora… Necesito descansar… Olvidar esa pesadilla…

— Mac —indicó Herb—, deberíamos recoger lo poco que hay en el igloo y buscar la nave… ¿Sabes más o menos dónde queda?

— No.

— ¿No puedes orientarte?

— ¿Con qué? Ni siquiera nos queda el recurso de esperar a que se haga de día.

— ¿Funciona el reloj?

— No. No hay posibilidad de medir el tiempo.

Tras un silencio, Herb buscó con la linterna.

— ¿No crees que, más o menos, hemos llegado a donde estaba Gorochenko?

MacKingley asintió.

— Estaba pensando en ello.

— Aquí no aparece. Tal vez nos hayamos equivocado.

— Seguimos en línea recta, Herb.

— ¿Estás seguro?

La única guía eran sus huellas más recientes que el hielo no había vuelto a cubrir todavía. Podían tomar como punto de referencia las cuatro o cinco pisadas anteriores y éstas sí aparecían

rectas, pero también cabía la posibilidad de que en el largo camino aquella línea imaginaria se hubiese quebrado.

Entonces, la luz de Herb alumbró la brújula.

— Mira. La tiré a pocos pasos del cuerpo de Gorochenko.

— Es verdad —admitió MacKingley.

Sin embargo el cuerpo no se veía por ninguna parte.

— No puede ser. Seguimos la misma ruta… ¡Y aquí tenía que estar Gorochenko! —declaró Herb.

La muchacha intervino para preguntar:

— ¿Era amigo suyo?

Los dos hombres asintieron a la vez.

— Estaba muerto —puntualizó MacKingley.

— Entonces no lo busquen… «Ellos» se lo habrán llevado.

— ¿«Ellos»? —murmuró Mac.

— Sí. Están en todas partes… Quizá nos estén acechando en estos momentos… Busquen su nave y escapemos de aquí…

De nuevo se hizo el silencio.

Verdaderamente, del cuerpo del comandante de la nave, Gorochenko, no había el menor rastro.

La muchacha daba muestras de fatiga, como si hasta entonces hubiera estado haciendo un esfuerzo supremo para mantenerse en pie.

De pronto, sus piernas se aflojaron.

— ¡Va a desmayarse! —indicó Mac.

Herb le pasó una mano por debajo de las rodillas y se lo echó al hombro.

Poco después descubrieron el Igloo.

CAPÍTULO VI

MacKingley, de una diminuta pastilla, consiguió la infusión, de olor parecido al café.

Con el hielo arrancado de la superficie, obtuvieron el agua que luego la antorcha calentó hasta hacerla hervir.

Tenían dos recipientes, y Herb ofreció el suyo a la joven, que empezaba a recobrarse.

Tomaron también un sorbo de la bebida alcohólica que llevaban en sus respectivos equipos, también para casos de emergencia y mantener en el cuerpo un determinado número de calorías.

Cuando ella, recostada contra la pared de la improvisada tienda de material sintético, pareció dispuesta a hablar, se encontró con los ojos de los dos hombres, ávidos de noticias.

— Díganos su nombre —pidió Herb.

— ¿Nombre? ¡Oh, sí! Soy la tripulante Wana.

— ¿Wana? —Los dos hombres se miraron.

— ¿De dónde procede?

— ¡Oh! ¡Ahora caigo! —repuso ella.

Tenía un raro acento extranjero, metálico, aunque su voz resultaba agradable, pese a su extraño automatismo.

— Ustedes son del planeta Tierra —añadió ella.

— ¿Y usted…? —comentó Herb en tono interrogativo.

— Vengo de Sifildo.

— ¡Sifildo! ¿Dónde está eso? —exclamó Mac.

— Bastante lejos.

— Pero esto es La Tierra. Y, que nosotros sepamos, no teníamos contacto con seres de otros planetas.

— Estaba patrullando por el cosmos, en un simple viaje de rutina, cuando capté una llamada de socorro. Una llamada hecha por el código corriente… Nosotros conocemos varios códigos y

comprendemos casi todas las lenguas que se hablan…

Wana hizo una pausa, mientras los dos pilotos no salían de su asombro.

La muchacha, de aspecto totalmente humano, continuó su relato:

— Me apresuré a acudir en auxilio de los que pedían socorro… Pero nunca supe quiénes eran.

— ¿Pertenecían a la Tierra? —preguntó Herb.

— No lo sé. Yo podía oír la señal perfectamente, pero, por más que me acercaba, no me era posible ver la nave que estaba en peligro. Pienso que debió de tratarse de un fenómeno extraño. El radio de alcance de nuestros captadores de sonidos es muy extenso, pero esa llamada de socorro pasó, con mucho, los límites de mi demarcación. Y me perdí.

— Quiere decir que no pudo regresar a su planeta —replicó Mac.

—Exacto. Salí de control y anduve a la deriva durante mucho tiempo, imposible de calcular. Luego, mi pantalla captó el planeta Tierra, cuando ocurrió la catástrofe.

— ¿Usted presenció…? —empezó Herb.

— El Sol —su Sol— estalló como si alguien lo hubiese hecho reventar en su interior. Se volatilizó en millones de fragmentos candentes. Vi arder su planeta. Fue algo horrible.

— Nosotros no vimos nada… Estábamos también de viaje. Sin embargo… —dijo Mac.

— Debió de ser cuando nos quedamos dormidos

— adujo Herb.

Wana declaró:

— Todo ocurrió en muy poco tiempo. En lo que ustedes llaman minutos. Tan pronto ardió la Tierra, cuando enormes bloques de hielo se precipitaron sobre los ríos y sobre las ciudades, apagando el fuego que lo había destruido todo.

Se hizo un silencio hasta que Wana lo rompió para continuar:

— Yo intenté mantenerme en el aire, hasta que mi nave fue como absorbida por un extraño poder. Comprendí que iba a estallar y salí como pude… No sé el tiempo que llevo vagando por esta superficie sin fin. He intentado comunicarme con los míos, pero mi transmisor carece de la potencia necesaria para que capten mi

señal. Sólo podría hacerlo con el de larga distancia, pero lo tienen «ellos».

Los dos hombres se miraron.

— Háblenos de… «ellos» —pidió Mac.

— Sí —corroboró su compañero—. ¿Quiénes son?

— No lo sé, pero imagino que deben ser los primitivos habitantes de su planeta, cuando se formó, en la época en que, como ahora, era una inmensa costra de hielo.

—No sabemos nada de los posibles habitantes de esa época. Debe de hacer millones de años— dijo Mac.

— En efecto… ¿Y cómo son esos seres? —adujo Herb.

— Es difícil explicarlo —murmuró ella, entornando los ojos—. Son terribles.

— Descríbanoslos —pidió MacKingley.

— Son… son del color del hielo, por eso no es posible verlos a mucha distancia, y hasta parece que tienen el extraño poder de confundirse para no hacerse visibles, como si su cuerpo formara parte del monótono paisaje, blanco el suelo y negro el espacio.

— ¿Tienen forma… como nosotros? —preguntó Herb.

— No… No son humanoides. No hablan. Emiten una especie de gruñidos. Ellos parecen entenderse. Verán, su forma es…

Calló de repente.

Todos pudieron escuchar aquel sonido «deslizante».

Alguien se aproximaba y no cabía la menor duda de que era uno de «ellos».

— ¡Cuidado! ¡Tengan cuidado! —exclamó Wana, aterrada.

Instintivamente, los dos hombres echaron mano de sus respectivas pistolas.

El ruido se estaba aproximando.

— Lo hacen al desplazarse —explicó ella—. Ese sonido llega a introducirse en el cerebro.

— Sí. Es bastante desagradable —murmuró Herb al asomarse.

— No enciendas la linterna. Dejemos que se acerque —susurró Mac.

— ¡Tengan cuidado! —exclamó ella.

Los dos hombres se colocaron uno a cada lado de la entrada.

— ¡Las luces! —exclamó Herb.

Mac se apresuró a apagar las antorchas y el interior de la tienda

quedó totalmente a oscuras.

El sonido «deslizante» sonaba ya muy próximo.

— Ya no puede tardar —dijo Herb.

Pegados a la pared de la tienda y con las pistolas prestas para disparar, aguardaron en silencio, incluso conteniendo la respiración.

En la oscuridad, los ojos de Wana brillaban expresando un inmenso terror.

CAPÍTULO VII

— ¡Cuidado, Mac!

La «cosa» había surgido de pronto… Como si a pesar de la oscuridad hubiese detectado la posición de los dos hombres, una especie de cuerpo cilíndrico flexible, como una serpiente, bajó desde arriba y se enrolló en la muñeca de MacKingley.

El agredido intentó cambiarse el arma de mano, pero aquel cuerpo le oprimía con demasiada fuerza, le inmovilizaba por completo, y la pistola cayó a sus pies.

Herb salió al exterior. Esta vez utilizó la linterna para enfocar al atacante.

Cuando el haz de luz dio de lleno en el cuerpo blancuzco de la «cosa», Herb tuvo que tragar saliva varias veces.

Sus ojos expresaron la sorpresa, el terror que intentaba contener y también la repugnancia.

La «cosa» no era fácil de describir.

Se trataba de un tubo de unos tres metros de longitud, que terminaba en una cabeza del mismo tamaño, en cuyo centro brillaba un ojo parpadeante. No parecía tener boca, ni otro orificio, excepto una especie de antena de unos veinte centímetros, que terminaba con algo redondo como una bolita.

En definitiva, era como una serpiente, de un diámetro, poco más o menos como el grosor del cuerpo de hombre, sólo que andaba erguida, aunque podía flexionarse en todas direcciones, contorsionarse y enroscarse.

Para mantenerse erecta, usaba dos diminutas patas, cortas, extremadamente cortas con relación al cuerpo.

Estas patas, con tres pezuñas que asomaban en el extremo delantero, surgían de los lados y medirían aproximadamente unos diez centímetros, lo cual hacía que los pasos de la «cosa» fueran sumamente cortos.

Mac estaba luchando con «aquello» que se había sujetado a su muñeca, con un brazo igualmente cilíndrico que salía de su parte delantera, extremadamente largo en comparación con los pies.

Completamente a su lado, Herb abrió fuego contra el extraño monstruo.

Las pequeñas balas del revólver describieron continuadas líneas de luz que morían en el cuerpo del extraño enemigo, que, sin embargo, seguía ejerciendo su terrible presión en el brazo de MacKingley.

— ¡No le hacen nada! —exclamó Herb.

—Sigue disparando, sigue disparando— gritó MacKingley.

La fuerza de la «cosa» quedó demostrada cuando elevó del suelo el cuerpo de Mac.

La pistola de Herb seguía vomitando fuego sin cesar.

— Parece que afloja la presión —dijo Mac, debatiéndose, e intentando alcanzar su bolsa de herramientas que llevaba invariablemente adherida en la pernera izquierda de su traje.

Lanzando las piernas hacia delante para tomar impulso y flexionándolas después, su mano libre consiguió alcanzar el estuche y abrirlo.

Algunas herramientas cayeron al suelo, pero consiguió empuñar el cuchillo.

— ¡No dejes de disparar! —advirtió.

La muchacha, desde el interior, contemplaba la escena, aterrada.

MacKingley esgrimía ya el cuchillo, intentando agujerear la dura piel de su atacante.

Lo intentó varias veces, pero la hoja se dobló, como si aquel brazo cilíndrico fuese, por lo menos, tan duro como el acero.

Herb se aproximó más y disparó a quemarropa.

El extraño ser emitió un gruñido y aflojó ligeramente la presión que ejercía sobre la amoratada muñeca de Mac.

Las cien diminutas balas del cargador especial de la pistola llegaban ya a su fin, y entonces Herb creyó observar unos pequeños agujeros en el cuerpo del «ser», de los cuales surgían pequeñas volutas de humo.

La presión cedió y la mano de la «cosa» comenzó a perder longitud hasta hacerse más corta, y terminó por desaparecer dentro del tronco.

El atacante, sin dejar de emitir aquellos extraños gruñidos, dio la vuelta y entonces todos pudieron comprobar que, además de poder andar apoyándose en las pequeñas patitas, igualmente podía desplazarse rastreando como una serpiente.

Las patas también desaparecieron, y entonces, de no haber sido

por el color de hielo, habría podido confundirse con un gigantesco reptil.

Al arrastrarse emitía aquel sonido deslizante.

— ¡Se va! —exclamó Herb.

Avanzaba bastante de prisa y, a medida que se alejaba, su velocidad iba en aumento.

— Debe estar herido —manifestó MacKingley.

Wana asomó.

— Volverá… Volverá con los otros. Son muchos. Un ejército —musitó la joven.

— ¿Viven todos ahí, en aquella especie de cueva? —preguntó MacKingley, dándose masaje en la muñeca.

— No sé si existen otros habitáculos, pero aquella cueva es inmensa.

— ¿Y de qué viven?

— No lo sé. Creo que no comen nada. Sólo matan, destrozan. Es todo lo que hacen.

— Entonces… usted tuvo suerte —murmuró Herb.

— Es que no matan simplemente… Les gusta torturar… Yo no estuve mucho tiempo… Me capturaron poco antes de que ustedes aparecieran. Me desmayé. Al despertar me vi rodeada por un corro de esos seres. No podía ver nada más que el techo y sus repugnantes cuerpos cilíndricos… Pero allí había un hombre… Pude oír su voz. Estaba dentro de otro corro formado por «ellos». Sus cuerpos eran las rejas vivientes… Ese hombre hablaba el mismo idioma que ustedes.

— ¿Quién era? ¿Le dijo su nombre?

— Apenas podía hablar. Lo habían torturado. Murió mientras estaba hablando. Dijo que existía posibilidad de vida en otra parte. Me habló de cosas que yo no entendí muy bien y pensé que deliraba.

— Intente recordar.

— Creo que dijo llamarse Van der Dinner. ¿Puede ser un nombre así?

— ¡Van der Dinner! —exclamó MacKingley agrandando los ojos.

— ¿El profesor Van der Dinner? —gritó a su vez Herb.

— No lo sé —repuso Wana.

— El profesor Van der Dinner —explicó Mac— era la máxima

autoridad en materia científica relacionada con los viajes espaciales y el mundo del futuro. Si era él, todo lo que le dijo pudiera ser muy importante.

— Hable, Wana. Es muy necesario saber lo que le dijo el profesor —corroboró Herb.

CAPÍTULO VIII

Con la desaparición del día y de la noche, quedaba automáticamente anulada la barrera que separaba el descanso del trabajo activo.

Y se sentían cansados. Necesitaban dormir antes de emprender la odisea de abandonar definitivamente la tienda convertida en igloo.

Se turnaron en la vigilancia.

— Cuatro horas de sueño en total. Una para cada uno y dos para Wana —había dicho Mac.

— Yo no necesito ningún trato especial —replicó ella—. En Sifildo, las cosas son diferentes a su planeta.

— ¿Acaso son las mujeres las que llevan la iniciativa? Usted es tripulante. ¿Qué hacen los hombres?

— Los trabajos técnicos. Los inventos, el planeamiento de cada exploración. Todo lo que sea trabajo de creación.

— ¿Y ustedes lo ejecutan? —inquirió Herb.

— Exactamente. Las dos especies nos complementamos.

— Es lo ideal… Me gustaría saber cosas de su planeta. Lástima que estemos aquí.

—Bueno… Yo haré la primera guardia— ofreció Mac—. Y tú, la segunda, Herb.

— Y yo, la última —añadió Wana.

— Mire, Wana…, déjenos hacer las cosas al modo de la Tierra. Si es cierto que existen más personas en alguna parte de esta inmensa pista helada en que se ha convertido nuestro planeta, verá que todos respetamos las costumbres…

— Mac… —replicó ella—, es usted muy amable, pero sin duda me cree débil porque me ha visto asustada. El miedo debe de ser patrimonio de todos los mundos habitados… A nadie le gusta que le torturen… Y esos horribles seres…

— No piense ahora en ellos. Y duerma.

Mac se aproximó al umbral de la puerta, cuando la joven al fin se tumbó sobre la dura superficie.

Herb se aproximó a su amigo.

Comentaron la conversación que momentos antes habían tenido

con Wana en relación con lo que el profesor Van der Dinner le había dicho.

— Wana dijo que el profesor le había indicado un refugio y habló de unas coordenadas… Es probable que estén en la guarida de esas «cosas».

— Sí.

— El transmisor de Wana, que podría ponerla en contactó con su planeta, también está en esa gruta o lo que sea.

— Estás pensando en ir, ¿verdad?

— Hay que arriesgarse.

— Sí.

— Pero no es necesario hacerlo los dos. Tú te irás con ella, Mac. Yo intentaré entrar allí dentro.

— ¿Estás loco? Nunca saldrás con vida.

— Bueno, alguien tiene que arriesgarse.

— En todo caso, lo echaremos a suertes.

— ¿Qué más da, Mac?

—Escucha… Teníamos unas normas. Gorochenko era el jefe. Después venía yo… Soy el más veterano; por tanto, muerto Gorochenko, soy yo quien da las órdenes… Y no permitiré que vayas tú a ese sitio, simplemente porque se te antoje.

— Está bien, jefe… Lo echaremos a suertes. ¿Tienes alguna moneda? La echaremos al aire y…

— Nunca he llevado dinero en los viajes espaciales. ¿Tú sí?

— De acuerdo. No hay moneda —repuso Herb—. Tampoco tenemos baraja. Por tanto, puesto que la iniciativa partió de mí, iré yo… jefe.

— ¡Espera!

Y MacKingley se dirigió hacia su maletín de emergencia y sacó un cargador de pistola.

Lo abrió y extrajo una de las balas diminutas, pero altamente mortíferas, por lo menos con seres humanos.

Puso las manos detrás y pasó la bala de un lado a otro; luego mostró los puños a Herb y le dio a elegir.

— Si eliges el que tiene la bala, irás tú; si eliges la mano que está vacía, iré yo.

— De acuerdo.

Herb miró los dos puños y señaló con el índice el de la derecha.

— Éste.

Mac abrió y mostró la mano vacía.

— Pierdes.

— ¡Espera! Quiero ver la otra mano.

Mac dudó un instante, pero al fin la extendió.

— No me gusta que no se fíen de mi palabra.

Sobre la palma aparecía la pequeña bala.

— ¿Satisfecho?

— Suerte, Mac.

Y Herb se tendió cerca de Wana, que ya estaba completamente dormida.

* * *

Después del turno de Herb, se pusieron en marcha sin permitir que Wana hiciera su guardia.

Abandonaron la tienda llevándose las escasas pertenencias de que disponían.

Los «seres» no habían vuelto, aunque Wana aseguraba que lo harían, que atacarían en masa.

Caminaron más o menos en línea recta, hasta llegar a un determinado punto.

— Bueno, amigo —dijo Mac—. Aquí me despido de vosotros.

Previamente ya habían hablado del plan a seguir. Contarían unos pasos y esperarían un tiempo prudencial. Si Mac no regresaba, sería mala señal y entonces Herb continuaría solo con Wana para tratar de encontrar la nave.

Ella no entendía y quiso que se la aclararan.

— ¿Qué significa que nos separemos?

— Mac irá a la cueva. Intentará rescatar su transmisor y las coordenadas de que le habló el profesor Van der Dinner.

— ¡No puede ir a esa cueva! —protestó Wana—. No deje que lo haga, Herb.

—Está decidido— replicó MacKingley.

— Lo echamos a suertes y yo… perdí —replicó Herb.

— Eso es una locura —insistió ella—. No saldrá con vida.

— Tengo que intentarlo… Compréndalo, Wana. Usted nos dijo que el profesor le habló de cierto lugar donde era posible refugiarse.

— Sí.

— Y de unas coordenadas para encontrarlo… Ignoro qué sistema de orientación puede tener un sitio como éste, pero Van der Dinner tenía ideas para todo. Posiblemente, debe tener la clave que nos conduzca a ese lugar. Y esa clave debe estar en alguna parte de la cueva.

— Olvídelo, Mac… Busquemos su nave —murmuró ella.

— Quizá nunca la encontremos, Wana.

— ¡Oh, no! Alguien debe de tener una oportunidad de salvarse… o acaso de prolongar su agonía… Váyanse. Está decidido. Váyanse.

Y Mac se separó de ellos.

Su linterna, a medida que el hombre avanzaba, iba trazando una línea recta en dirección a aquella montaña de vertiente lisa y oblicua.

Ellos, Wana y Herb, quedaron inmóviles en medio de la inmensa pista de hielo.

CAPÍTULO IX

— ¿Cuánto tiempo calcula que ha pasado? —preguntó Herb a la mujer.

— No lo sé. Nuestro sistema de medir el tiempo es distinto del vuestro. Contamos por grados. Cada período de sol tiene cien grados, exactamente igual que el período de oscuridad.

— El período de sol nosotros lo llamábamos día y lo dividíamos en horas… Creo que ha pasado por lo menos una hora, o sea la veinticuatroava parte del día. ¿Lo comprendes?

— Sí. Más o menos, es el tiempo que yo calculo en grados —repuso Wana.

— Mac ya debería estar de vuelta.

Ella bajó la cabeza. Se sentía pesimista.

— No he cumplido lo pactado. El que se quedara debía intentar encontrar la nave.

—¿Hubieras dejado a tu amigo?

— No.

— Queréis salvarme a mí. Yo soy un estorbo.

—No digas tonterías, Wana. Lo único lamentable de todo esto es habernos conocido en estas circunstancias.

Miró a la muchacha a los ojos.

— Es curioso —añadió—; me cuesta hacerme a la idea de que no seas una joven de nuestro planeta» Incluso pareces de mi propio país… Te habría gustado.

— Sí, seguramente. Es agradable conocer otros sistemas de vida…

— ¿Has viajado mucho por el espacio?

— Bastante —repuso ella.

— ¿Conoces otros planetas habitados?

— No, yo, no. Pero hay tripulantes que llevan más tiempo de

servicio y algunos han estado en Trinodea.

— ¿Dónde está eso?

— Creíamos que era un planeta sin vida. Es el más próximo al nuestro, y un día, una de nuestras naves tuvo un fallo y lanzó una llamada de socorro y le contestaron de Trinodea. Hay pocos habitantes y sé rigen por un sistema muy austero. Están bastante atrasados con respecto a nosotros, pero desde entonces, siempre que alguna de nuestras tripulantes utiliza el planeta para hacer escala, es bien recibida.

— Pues ya has visto más que yo… De los planetas que desde la Tierra hemos logrado pisar, ni uno solo está habitado. Sin embargo, habíamos recibido contactos, sabíamos que había otros mundos con seres… lo que no podía imaginar es que en algún lugar existían personas tan parecidas a nosotros.

— ¿No has pensado, Herb? ¿No has pensado que podemos ser totalmente distintos? —preguntó ella, de forma un tanto enigmática.

— ¿Cómo?

—Son nuestros ojos… nuestra manera de vernos. ¿Sabes acaso cómo te veo yo?

— Supongo que igual que yo a ti.

Ella sonrió.

— Hay muchas cosas que ignoras con respecto a mí… a toda nuestra especie.

— Oye… en vuestro planeta existe el matrimonio… ¿Estás casada?

— ¿Matri…? ¡Oh! Tú quieres decir emparejarse.

— Bueno. Si lo llamáis así…

— Bueno… Se trata de una mutua colaboración. Un macho y una hembra.

— Pero… ¿tenéis marido?

— ¿Marido?

— Sí, marido. El macho, al que se elige para compartir su vida con él y formar lo que llamamos un hogar, tener hijos.

— Me parece que nuestros procedimientos son distintos, Herb.

Para Herb, no cabía la menor duda de que aquella mujer era exactamente igual que cualquiera de las terrícolas.

De momento, no podía profundizar más. Pensaba en su amigo

MacKingley y en que de haber salido todo bien, ya hubiera tenido que estar de vuelta.

— Espera —dijo—. Intentaré encontrar a Mac.

— Iré contigo.

— No. Tú ya has estado allí y pasaste por la experiencia. Ahora déjame actuar a mí.

— Sigues menospreciando mi valía, Herb. Yo también puedo actuar a mi modo. He dicho que te acompañaría y lo haré.

Era resuelta y lo demostraba con su vehemencia.

Herb comprendió que sería inútil intentar disuadirla.

Uno junto al otro, se encaminaron hacia la cueva.

¿Qué le habría sucedido a MacKingley?

CAPÍTULO X

Se encontraban ya en aquella especie de meseta y podían percibir claramente el desplazamiento de los seres con su ruido característico al arrastrarse.

— Nos han detectado —susurró ella.

— ¿Tú crees?

— Sí. Esa antena que llevan les permite «ver» a distancia.

— Una especie de antiguo radar.

— Yo creo que resulta mucho más poderoso —declaró Wana.

— Ahora empezarán a abrirse los agujeros. ¿Cómo lo consiguen?

— Esa misma antena les sirve de perforadora. La aplican al techo y automáticamente se forma el agujero.

— ¿Y para cerrar?

— El mismo procedimiento. Acercan la antena y desprende una especie de vaho.

— ¡Mira! ¡Ya asoma el primero! —exclamó Herb.

Muy cerca de ellos, una circunferencia comenzó a agrandarse dejando al descubierto una cavidad.

— Ahora sé buena chica y no te muevas —dijo él.

— No sé lo que es ser una buena chica… Pero tengo que ir… Tú no podrías salir nunca de ahí dentro.

— Al menos, no mandes la corona antes de morir —bromeó él.

— Tampoco comprendo esto… Pero es demasiado alto y tú no tienes alas, ¿verdad?

— Oye… Cuando saliste tú… —empezó a decir Herb, recordando haberla visto surgir como catapultada.

— Sí… Yo pude salir, pero tú no. Anda, vamos.

— Está bien; vamos, pero conste que, si fueras una mujer de la Tierra, no te lo consentiría.

Ella esbozó una sonrisa.

En el suelo se estaban abriendo nuevos boquetes simétricos.

De uno de ellos asomó uno de aquellos cuerpos cilíndricos y emitió un gruñido que a Herb se le antojó como una especie de aviso.

— Parece que esté advirtiendo a los demás —susurró.

Llegaron hasta el borde de uno de los agujeros. Herb asomó ligeramente para comprobar la profundidad y saber de qué forma tenía que saltar.

De repente, un nuevo agujero se abrió a sus pies.

Rápidamente la boca se abrió sin dar tiempo a que pudiera evitar la trampa.

Tanto Herb como la muchacha se hundieron rápidamente.

La altura de la cueva venía a ser de unos cinco metros.

Herb flexionó las piernas, pero no pudo evitar perder el equilibrio.

Se volvió hacia la muchacha y se extrañó de verla en pie.

— Buen salto. ¿No te has hecho daño?

— Yo, no —repuso ella.

No había tiempo para dialogar. Era cuestión de hacerse cargo exactamente de la situación.

Dentro, todo era oscuridad; sin embargo, de entre las paredes de hielo parecía emanar una extraña luz grisácea, que permitía distinguir algunas sombras, una vez se acostumbraban los ojos a ella.

Herb encendió la linterna.

Wana estaba a su lado. Ahogando una exclamación, la mujer buscó la protección del terrícola.

Delante de ellos, a escasa distancia, se encontraban hasta diez de aquellos seres. Permanecían inmóviles, como si les estuvieran observando.

— Ahora estarán así un buen rato. Mientras no intentemos escapar, no se moverán. Es una de sus formas de tortura. Te tienen apresado en una trampa y esperan; luego, se disputarán la presa.

Wana guardó silencio. Herb tenía noción de haber oído un jadeo y el ruido de unos golpes sordos.

Enfocó por entre los cuerpos cilíndricos de los seres y notó un movimiento de aproximación.

— Espere… —susurró—. Cuando ha desviado la linterna de sus

ojos, se han acercado.

— Sí…

— La luz les deslumbra… Y esto podría ser comprensible si están habituados a vivir en las tinieblas.

— ¿Cree que puede servir?

— Es posible… Déjeme vez la forma de salir.

Estaban con la espalda casi pegada a una pared y con los diez seres delante de ellos cortándoles la retirada.

Herb intentó aproximarse y pasar por un hueco, para averiguar de dónde procedía aquel jadeo y los golpes secos.

Pero dos de los cuerpos se inclinaron formando una ondulación para impedir totalmente el paso a Herb.

Cuando intentó introducirse por entre otros dos, los «seres» repitieron la operación, siempre cerrando el hueco.

«Parece mentira», pensó Herb para sí. Y en voz alta añadió:

— Tienen inteligencia. Saben que estamos atrapados y saben también cómo impedir que nos fuguemos… Escucha, Wana. Dirígeles la luz a los ojos. Hazlo de un modo rápido, pasando de uno a otro. Procura deslumbrarles un buen rato.

Ella obedeció.

Indudablemente, la luz les molestaba. Era un arma que por lo menos parecía atontarles.

Herb esperó el momento oportuno y se lanzó hacia delante.

Esta vez no tuvo ningún obstáculo. Los cuerpos no le cerraron el paso y el joven pudo pasar al otro lado.

Sus pies tropezaron con algo y, tanteando el terreno, dio con un objeto que le era familiar.

— ¡La linterna de Mac! —exclamó.

Dio la luz y encontró también su pistola.

Enfocó la espalda de los seres a los que Wana mantenía a raya.

— ¡Venga aquí, Wana! —exclamó.

Y también ella pudo pasar.

Retrocedieron, y ahora eran dos los que indistintamente les deslumbraban con las linternas.

— Mac no puede estar lejos. Lo encontraremos.

Y desde luego, Herb tema razón: MacKingley estaba Muy cerca, pero su estado no podía ser peor.

Lo estaban torturando.

CAPÍTULO XI

La tortura era elemental y hasta parecía tener un carácter deportivo para aquellos seres.

MacKingley estaba rodeado por diez de ellos, como si cada grupo o familia estuviera compuesto por una docena.

Uno de aquellos cuerpos golpeaba con su mano supletoria a Mac derribándolo, o pasándolo a un compañero.

Mac intentaba defenderse, pero era recibido con un fuerte empellón, que le lanzaba contra otro de los «seres», que a su vez le mandaba al siguiente.

A veces, para golpear utilizaban el brazo supletorio, otras lo hacían simplemente con un quiebro del largo cuerpo, o inclinando parte del tronco para golpear a su víctima de arriba abajo.

Su extraordinaria movilidad les facilitaba toda suerte de recursos, y MacKingley se debatía desesperadamente, sin armas con que defenderse, excepto los puños, que resultaban totalmente ineficaces.

Una vez lo asieron por la cintura, lo elevaron y lo dejaron caer.

Mac ya no podía más, pero realizaba tremendos esfuerzos para no perder el sentido. Presentía que, si esto sucedía, los «seres», decepcionados por «no poder jugar», acabarían con él.

— Debo impedir que continúen —murmuró Herb desde un rincón, mientras Wana seguía pasando el haz de luz por los rostros de los otros diez, que se mantenían a alguna distancia.

— Vienen más —murmuró ella.

Podía oírse claramente el rastreo.

— Intenta que no pasen. Yo tengo que sacar a Mac de ahí.

Se aproximó, y entonces, uno de los «seres», como si acabara de descubrirlo, se volvió, retorciéndose.

Rápidamente, Herb le enfocó a los ojos.

El deslumbramiento dio resultado, y Herb comenzó a disparar casi a quemarropa.

En seguida aparecieron en el cuerpo cilíndrico del «ser» unos agujeritos humeantes.

Pareció encogerse y, por supuesto, su actitud dejó de ser belicosa, pero ya estaban los otros pendientes de Herb, y momentáneamente, olvidando a MacKingley, que después de ser elevado, fue dejado caer a plomo.

Su cuerpo chocó contra el duro suelo y quedó inmóvil unos segundos.

— ¡Date prisa, Herb! —gritaba la muchacha, que seguía conteniendo a duras penas, no sólo a los diez, sino a los que llegaban como refuerzos.

— Huye ahora que es tiempo, Herb —balbució Mac desde el suelo.

— Te sacaré de aquí, Mac. ¡Te sacaré! —aseguró Herb.

Ahora, con el haz de luz intentaba rechazar a los demás y disparaba contra otro.

— ¡En algún lugar seréis vulnerables, malditos! —masculló.

Uno de los seres parpadeaba constantemente con su único ojo, sin duda molesto por el deslumbramiento.

Su pequeño ojillo lanzaba un extraño destello.

Herb desvió la trayectoria de su pistola y disparó hacia lo alto, concretamente al ojo.

El segundo balazo acertó de lleno.

Instantáneamente, el «ser» se «arrugó.

Su cuerpo erguido perdió toda su arrogancia. Se hizo más pequeño, hasta que quedó enrollado, inmóvil, inerte. ¡Había muerto!

— ¡El ojo! —gritó Herb—. El ojo es su punto débil.

— ¡Herb! —gritaba Wana en aquellos momentos.

Tras ella habían surgido varios de aquellos monstruos y ya resultaba imposible contenerlos a todos.

— ¡Malditos! —exclamó Herb.

Buscó el ojo de otro de los «seres» y disparó.

Era difícil acertar una diana tan pequeña, con un arma de escasa precisión, pero lo consiguió a la tercera intentona.

El monstruo al que atravesó el ojo corrió la misma suerte que el

anterior.

Su cuerpo perdió su posición erecta y, como una cuerda arrojada desde la altura, quedó en el suelo totalmente inofensivo.

Herb siguió disparando.

MacKingley se arrastraba por el suelo.

— Déjame el revólver… Te ayudaré —dijo intentando levantarse. Pero estaba demasiado castigado y le costaba un tremendo esfuerzo moverse.

— ¡Herb! —gritó de nuevo la muchacha.

Herb se volvió y consiguió abatir a un tercero, pero inmediatamente el peligro le amenazó a él.

— ¡A tu espalda! —El grito partió de MacKingley.

Se volvió cuando el brazo del monstruo le atenazaba ya por la cintura y lo levantaba en vilo; Herb perdió el arma.

Herb se debatió, pero cada vez le costaba más trabajo, porque el monstruo apretaba, cortándole la respiración.

Herb sabía que, si no se soltaba rápidamente, acabaría por perecer asfixiado.

Sin ser excesivamente corpulento, el joven poseía una fuerza considerable. Fuerza que, en momentos de supremo peligro, parecía poseer el don de duplicarse.

Se revolvió como pudo y sus puños chocaron a la vez contra los costados del cuerpo del monstruo.

Aquellas paredes que parecían de granito no acusaron en absoluto los terribles golpes que Herb repitió otras dos veces.

Comprendió que, sin la pistola, estaba completamente perdido.

Desde el suelo, Mac también lo comprendió.

Haciendo un esfuerzo, se aproximó al arma.

— ¡A los ojos, Mac! —gritó el joven.

Mac afianzó su puntería y al fin disparó.

Erró el primer disparo y el segundo sólo alcanzó la cabeza del monstruo sin dar en la diana.

Jadeando, Mac probó fortuna por tercera vez, y el balazo perforó el blanco.

El monstruo se desplomó igual que los anteriores, soltando su presa.

Ahora, Mac disparaba contra los que estaban próximos a Wana, y Herb, recuperando su pistola, abrió fuego contra los que tenía más

próximos.

— ¿Has encontrado algo? —preguntó Herb a Mac, disparando los dos espalda contra espalda.

— No lo tengo, pero descubrí un sitio…

— ¿Dónde?

— Es un lugar muy macabro, pero parece que allí guardan sus «trofeos» esas extrañas «cosas».

— Tenemos que ir.

— No será muy fácil.

La lucha seguía, pero Herb no estaba dispuesto a ceder.

— Acércate, Wana, y no dejes de deslumbrarle.

La muchacha retrocedió y los tres formaron una especie de triángulo dándose la espalda mutuamente y girando como un tiovivo.

Los monstruos inertes sumaban ya media docena y los gruñidos de los otros resonaban por toda la bóveda de la cueva.

— Guíanos, Mac —dijo Herb—, guíanos hasta esa especie de sala de trofeos.

CAPÍTULO XII

Sin dejar de disparar, retrocedieron guiados por MacKingley, que parecía algo repuesto de los golpes recibidos.

Los monstruos les seguían a distancia, pero Wana informó de los que llegaban por la parte opuesta.

— ¡Cuidado! ¡Por ahí!

El tiovivo de fuego seguía funcionando. Las rayas luminosas de las balas buscaban los ojos de los «seres».

Otros dos cayeron completamente inertes.

— ¡De prisa, de prisa! —gritó Mac.

Llegaron al fondo de la galería. Allí, cosa extraña en la estructura general tanto del exterior como del ulterior, una especie de rampa conducía algo más abajo.

El techo bajaba también un poco más hasta el punto que los monstruos tenían que moverse por aquella zona rastreando.

Dos de aquellos seres, a semejanza de perros guardianes, custodiaban el paso asimismo más estrecho.

— Tú, el de la derecha —susurró Herb.

Mac fijó un momento su puntería y disparó, casi al mismo tiempo que su compañero. Las dos balas acertaron a sus respectivos enemigos que en su estado de postración aflojaron sus articulaciones para quedar fláccidos, inmóviles y con el camino expedito.

Más allá estaba aquella especie de sala de «trofeos».

La cueva quedaba algo más reducida y la pendiente concluía con un escalón natural, formando un espacio rectangular semejante a una piscina, aunque el suelo fuese igualmente helado.

Allí se encontraba un número considerable de restos humanos en buen estado de conservación debido a la temperatura.

Miembros seccionados, rostros con los ojos desorbitados, fuera

de las cuencas, sin duda debido a muerte por estrangulamiento y también vieron el cuerpo de un perro.

En total, podían contarse hasta unas cuatro personas.

— Aquél es Van der Dinner —dijo Mac, señalando el cuerpo de un hombre tumbado boca arriba.

— ¡Qué horror! —murmuró Wana.

— Cuando están muertos, los trasladan aquí. No hay duda —dijo Herb.

— Van der Dinner debía de poseer algún documento. Quizá lo lleve consigo —dijo Mac.

— Espera.

Wana indicó un rincón donde podían verse algunos objetos. Una cartera de mano, unas gafas, un estuche con lapiceros y otros objetos más o menos personales.

— ¡Cuidado! Se acercan —previno Wana.

Herb corrió hacia el rincón.

— Mantenedlos a raya —dijo mientras corría.

Rastreando se acercaban tres monstruos, a los que la muchacha enfocó con las dos linternas, mientras Mac afinaba la puntería.

Desde el rincón, Herb gritó.

— Esta cartera era del profesor. Está llena de documentos.

— Llévatela —replicó Mac.

Los tres monstruos habían sido abatidos, pero se acercaban más

— Hay que salir de aquí —dijo Mac.

— Ahora faltará que hayan dejado abierta alguna salida —masculló Herb, mirando hacia el techo.

— Creo que existe una galería con una salida natural —explicó Wana.

— Vamos, entonces —replicó Herb agarrándola por el brazo.

Corrieron los tres entre el ruido de cuerpos que rastraban y gruñidos que no cesaban.

La muchacha indicó que doblaran hacia la derecha, donde la cueva parecía ascender por una especie de rampa.

Llegaron hasta arriba, pero estaba cerrado.

Un monstruo les cerraba el paso y tendía su mano hacia ellos.

Wana lanzó un grito y retrocedió, pero en seguida reaccionó y le dirigió la luz de la linterna.

Entonces, el monstruo, como si ya hubiera aprendido la lección,

cerró el ojo y, guiado por su instinto —tal vez la antena—, siguió avanzando.

—¡Dispárale, dispárale! —gritó Mac—. Yo he vaciado mi cargador.

Herb disparó, pero la bala, aunque pareció haberle alcanzado en el ojo, el monstruo no pareció acusar la herida.

— Es extraño. Yo diría que…

Volvió a disparar con idéntico resultado.

— Con el ojo cerrado es tan invulnerable como si dispararas contra el cuerpo. Esa piel o lo que sea es dura como el acero.

— Hay que hacerle abrir el ojo. Deja de enfocarle, Wana —dijo Herb.

La muchacha obedeció.

El monstruo tenía mayor ventaja porque, con su sistema de orientación, podía «saber» donde estaban mientras que ellos daban palos de ciego intentando esquivar.

— Cuando yo te diga, enciende rápido —susurró Herb, como si temiera que el monstruo pudiera entenderle.

Ella asintió.

— Probaremos suerte. ¿Preparada?

— Sí,

— Ya.

Wana encendió la linterna.

El monstruo tenía el ojo abierto, pero, cuando intentó cerrarlo, el disparo de Herb ya lo había perforado.

El repulsivo ser cayó y quedó enroscado como los demás, obstruyendo el paso.

Tuvieron que pasar por encima. Cuando pisaron su cuerpo, tuvieron la misma sensación de que siguieran pisando el suelo. Era duro, compacto.

Corrieron a través de la inmensa gruta, pero no pudieron encontrar ni una sola salida.

Estaban encerrados. Encerrados bajo tierra, en el reino de unos seres extraños que seguían acechando por todas partes, como si estuvieran convencidos de que al final la victoria tenía que ser suya.

A medida que transcurría el tiempo, en aquella desesperada búsqueda de una salida, decaía el ánimo de dos hombres y de la mujer que les acompañaba.

De cada rincón surgía un monstruo, o se agitaba uno de aquellos brazos fríos que se enroscaban como una serpiente.

Los disparos se sucedían.

Nuevos monstruos caían, pero aparecían más como si se estuvieran reproduciendo constantemente.

— Acabaremos los cargadores —vaticinó Mac.

— Hay que ahorrar balas.

— No creo que tengamos suficientes para todos los habitantes de este agujero.

— ¡Por aquí! —señaló Wana, indicando una especie de pasadizo, igualmente flanqueado por las sempiternas paredes de hielo.

Llegaron a otra especie de sala de «trofeos».

— ¿Qué es eso? —exclamó Wana, dirigiendo la luz de una de las linternas hacia un rincón.

— Una especie extinguida de saurio —murmuró Herb, al distinguir un extraño animal escamoso.

Era de tamaño mediano. Sin embargo, su envergadura debía ser superior a los dos metros, tenía patas cortas y una pequeña cola.

Parecía en estado de hibernación.

— ¡Mi radio! —exclamó Wana.

Sí. En un rincón y juntamente con otros objetos, había un transmisor portátil, de regular tamaño.

Corrió a recogerlo.

— Parece que no ha sufrido ningún desperfecto.

Ya tenían la radio y los documentos del profesor, pero seguían encerrados bajo tierra.

CAPÍTULO XIII

Wana manipuló en el aparato.

— No funciona. Algo se ha estropeado, pero, si no sirve para emitir, supongo que podré utilizarlo para otra finalidad. Por ejemplo, salir de aquí.

En la cara frontal del aparato, una especie de oscilógrafo con varios números se iluminó.

La aguja comenzó a moverse.

—¡Por aquí!— indicó Wana—. Hay una salida por ahí.

— ¿Cómo lo sabes?

— Actúa de detector. Estamos en un espacio cerrado y buscamos el punto de salida. El detector se pone en marcha y la aguja señala el lugar.

Dio la vuelta, para que pudieran comprobar que la aguja, a pesar del cambio de posición del aparato, seguía marcando él mismo punto.

— Es como una brújula, sólo que la mía no funciona.

— No es una brújula exactamente. No actúa por atracción de ningún polo.

Corrieron hacia el lugar donde se indicaba la salida.

Allí, el terreno era bastante más bajo y el techo debía tener por lo menos de siete a ocho metros de altura y resultaba imposible trepar.

— Ahora es cuando me necesitáis —replicó Wana—. Y démonos prisa. Esos monstruos están cerca.

— Les mantendré a raya —Herb—. Si sabes cómo salir de aquí, llévate a Mac.

— Agárrate a mí —dijo ella, dirigiéndose a MacKingley.

Él vaciló. No sabía por dónde sujetarse.

— Por los hombros. Así.

Se colocó delante de él. Era algo más baja y las manos de Mac formaban un ángulo recto con los hombros de la muchacha.

— ¿Qué debo hacer?

— Voy a tomar impulso. Agárrate fuerte.

Mac asintió.

La muchacha flexionó ligeramente las piernas y, de una manera que parecía harto simple, se elevó en un tremendo salto hasta sobrepasar el agujero del techo.

— Increíble —exclamó Herb, desviando su atención un momento de sus enemigos.

Ella saltó de nuevo y su caída, desde arriba, se le antojó realizada a cámara lenta.

— Tendrás que explicarme cómo lo consigues —dijo él.

— Sujétate.

Herb obedeció.

La muchacha tomó impulso de nuevo y, en menos de un segundo, los dos estuvieron en la superficie, donde permanecieron abrazados en la misma postura hasta que MacKingley carraspeó y dijo:

— Creo que deberíamos marcharnos.

Se alejaron del lugar deslizándose por la vertiente.

Hasta que no estuvieron suficientemente lejos, Herb no se detuvo para examinar el contenido de la cartera del profesor.

— Esto debe ser la tabla de coordenadas.

Mac asintió.

— Parece un plano del lugar —señaló un punto—. Éste es el desnivel de la cueva. Se ve claramente.

— Entonces es fácil orientarse.

Pusieron el plano en el suelo. Aquella especie de montaña de vertiente lisa quedaba a su derecha. Colocaron el plano conforme a la situación.

— Aquí hay un punto —indicó Herb.

— Está claro —manifestó Mac a su vez—. Puesto que no existen los puntos cardinales, el profesor los eligió al azar, para partir de un punto. Señaló aquello como el norte. No importa que lo sea o no, lo primordial es disponer de un punto de referencia.

— El sitio que indicamos está aquí. Siguiendo por donde vamos —añadió Herb.

— ¿No es difícil, verdad? —preguntó ella.

— ¿Lo entiendes? —inquirió Herb.

— Creo que sí. El sistema no difiere mucho de los nuestros, aunque ahora ya esté anticuado.

— Esto queda bastante lejos —hizo notar Mac—: Veamos qué clase de escala estilizó el profesor.

Un breve cálculo les dio los kilómetros aproximados que tendrían que recorrer.

— Un centenar. No será precisamente un paseo —murmuró Herb.

— No importa. Tenemos que ponernos a salvo —replicó ella— antes de que los monstruos consigan atraparnos, porque estoy segura de que lo intentarán.

Reanudaron el camino.

Mac y Wana alumbraban con sus linternas, Mac controlaba la línea que seguían en su marcha, y ella, los papeles que Herb iba ojeando.

— Aquí lo explica claramente —dijo el joven—. Se trata de un subterráneo en las entrañas de… —Se detuvo un momento, como si no diera crédito a lo que estaba viendo.

— ¡Acaba de una vez! —gruñó MacKingley.

— Es increíble… Dice que el subterráneo está en el desierto.

— ¿En qué desierto?

— En el Sahara.

Mac lanzó un silbido.

— Entonces… Estamos en África. Nadie lo diría.

— ¿Quieres algo más desierto? —bromeó Herb.

— Nunca había estado aquí… Pero me lo imaginaba muy distinto —siguió diciendo Mac.

— Para ustedes, todo esto debe ser muy divertido —intervino ella—. No sé cómo pueden despreciar el peligro tan alegremente. En estos momentos, los monstruos deben haber salido en busca nuestra… Nos tenderán alguna emboscada. Son inteligentes y actúan sobre su terreno. Deben de haber invernado durante millones y millones de años y ahora vuelven a su apogeo. Es posible, si algún día nace otro sol y el planeta vuelve a transformarse, «ellos» retomen a sus cavernas y vuelvan a pasar millones de años sin que la gente sepa que existan, pero ahora,

repito, viven en su época. Son los dueños. Destruyen porque es lo suyo, y ustedes no podrán vencerlos. Apenas tienen municiones y sólo son dos.

— Un bonito discurso —sonrió Herb—. Bueno… Daremos ese paseo de cien kilómetros en busca del oasis, quiero decir de esa cueva subterránea… Déjame continuar leyendo los planos.

Volvían a caminar y mientras, Herb aprovechaba el tiempo.

— Hombre, esto está lleno de datos interesantes. Según Van der Dinner, este lugar fue elegido entre otros muchos porque ofrecía mayores garantías… Se construyó como refugio de posibles guerras nucleares y como estación de supervivencia en caso de una hecatombe… Existen otras en distintos lugares, pero la del Sahara parece ser la más perfecta, según Van der Dinner.

Siguió leyendo los detalles.

— Al parecer existe aire acondicionado. Provisiones para doscientas personas, que pueden vivir de ellas durante tres años, tiempo suficiente para poder ensayar la obtención de productos por procedimientos naturales.

— ¿Procedimientos naturales? —preguntó Mac.

— Sí. Por lo visto, se puede sembrar y obtener carne, entre otras cosas.

Hay especies de vacas, terneros, pollos, corderos, etc. etc. Todo lo necesario para que perduren ciertas especies destinadas a la alimentación; y esas provisiones durarán tres años, por si fallan los experimentos.

— Ahora falta que ese «Eldorado» exista realmente. Después de la transformación del planeta, Pudiera ser que se lo hubiese llevado el demonio.

Quedaba una esperanza. La única para poder sobrevivir, ya que, si no hallaban un lugar con víveres, indefectiblemente perecerían.

CAPÍTULO XIV

— ¡La nave!

La exclamación partió de Mac.

Sin buscarla, como si de repente la suerte se dispusiera a favorecerles, en medio de la superficie helada apareció la nave. Y parecía en buen estado.

— ¿Éstas son sus naves? —preguntó ella.

La astronave, de forma ovalada y con una especie de trípode para posarse en la superficie, estaba asentada sobre el hielo.

— Parece que hizo un buen aterrizaje. Ahora veremos si funciona.

Mac tomó la delantera y trepó a la entrada. La puerta estaba abierta. La dejaron así al saltar y seguía de la misma forma.

— Espera. Voy a sacar la escalera, así a Wana le será más fácil subir.

Para subir, Wana no precisaba de escaleras. Con uno de sus saltos característicos se plantó en la entrada.

— Todavía no me has dicho cómo lo haces —Herb sonrió desde el hielo.

— Del mismo modo que vosotros en otro planeta, donde la presión del aire fuese distinta, podríais andar dando saltos. Para mí, vuestro planeta me permite desplazarme con mayor agilidad; aparte de esto, nuestra constitución física es distinta. Ya te dije, Herb, que no te liaras únicamente del aspecto exterior.

Mac estaba comprobando los mandos.

— Tendremos que reparar algunas cosas, pero, de momento y para un viaje corto, podremos utilizarlo.

— Vamos a probar —repuso Herb, sentándose en uno de los tres puestos de mando.

Mac ocupó el lugar del comandante.

Antes de hacerlo se quedó mirando un momento aquel pequeño sillón.

— Pobre Gorochenko.

— No encontramos su cuerpo entre los «trofeos» de los nuevos habitantes de la Tierra —recordó Herb.

— Deben tenerlo en algún otro lugar… En fin, vamos a probar.

— Siéntate aquí —dijo Herb a la joven.

Ella se fijaba en todos los detalles. Dentro de la nave parecía encontrarse más en su ambiente.

— Mando de despegue, preparado —declaró Herb.

— Bien, comprueba todos los controles —repuso MacKingley.

Herb pulsó varios botones.

La pantalla del televisor estaba oscura.

— Esto sí que ya no sirve —murmuró Herb.

— ¿Cómo van los controles? —preguntó Mac.

— Bien. El automático oscila.

— Le falta un repaso. Veamos el indicador de combustible.

Herb hizo la comprobación.

— Combustible, comprobado.

— Dispositivo para aterrizaje de emergencia.

— Comprobado.

— Cohetes de retroceso.

— Comprobado.

— Acondicionador de aire.

— Veamos.

La puerta estaba cerrada, completamente aislada del exterior, cuando Herb empujó una palanca.

Una aguja comenzó a moverse.

— Parece que esté atrancada, pero juraría que…

Esperó unos segundos y lentamente comenzó a quitarse la escafandra.

Todos los ojos le estaban observando.

Herb lanzó un silbido y sonrió.

— ¡Funciona! Podemos ir sin esto y hasta la temperatura resulta agradable. ¿Quién ha dicho que habíamos vuelto a la edad del hielo?

Mac le imitó.

Conservaban únicamente los «monos», pero con los rostros

libres.

Herb se volvió hacia la muchacha.

— Ahora tú, Wana…

Ella, negó.

— ¿Qué te ocurre? No debes temer nada. Fíjate en nosotros.

— No es posible, Herb —insistió ella en su negativa.

— Pero…

— ¿Tengo que repetir que somos distintos?

— Pero ése es aire casi tan bueno como el puro. Venimos utilizándolo desde que nuestros técnicos descubrieron el sistema de conservar la estabilización del aire en el interior de esos cacharros.

— Yo no podría respirar. Necesito otra clase de oxígeno, distinto al vuestro.

Herb ya no insistió.

Le sabía mal que Wana continuara con la escafandra puesta. Le hubiera gustado verla sin aquel casco dúctil, parecido al suyo.

Tal vez le habría gustado poder acariciar su rostro…

— Larguémonos de una vez —gruñó Mac.

Todo había sido comprobado, y ya sólo faltaba poner el módulo en marcha.

— ¿Preparado? —preguntó Mac.

Herb asintió.

— Los reactores entraron en funcionamiento.

Algo fallaba en el despegue.

— Un momento, Mac .Haré una comprobación.

El combustible se escapaba por los tubos y taladraba la costra de hielo de la superficie.

— Nos movemos… —dijo ella vacilante.

— ¡Nos hundimos! —exclamó Mac.

— Claro, el hielo se está fundiendo y la nave se va para abajo. ¿Por qué diablos no despega? —farfulló Herb.

— Da todo el gas.

— Todo el gas dado.

— ¡Vamos! Tira de la palanca hasta el fondo.

Herb obedeció.

— Vamos… Ponte en marcha, pequeña —rogó, como si la nave tuviera inteligencia y pudiera oírle.

¡Le escuchó!

— ¡Despegamos! —exclamó MacKingley.

— ¡Cuidado! —gritó entonces la muchacha.

Por el visor le había parecido ver una sombra.

La nave quedó paralizada como si alguien la sujetara a escasos metros del suelo.

— ¿Qué diablos…? —empezó Herb.

Iba a enfundarse la escafandra para asomar al exterior, cuando algo golpeó por delante del visor.

— ¡Dios Santo! —exclamó MacKingley.

Herb quedó igualmente paralizado.

Ante ellos, dos seres monstruosos se estaban moviendo. Parecían pertenecer a la misma especie que los otros contra los que habían luchado y de cuya guarida salieran poco antes, pero su tamaño era infinitamente superior.

Su longitud debía alcanzar, a *groso modo*, los quince metros. El tronco cilíndrico de sus cuerpos podía estimarse en unos seis metros de diámetro y de su cuerpo de reptil blancuzco surgían varios tentáculos con los que sujetaban la nave, estrujándola, amenazando con convertirla en un montón de chatarra por aplastamiento.

CAPÍTULO XV

Como atrapados en una jaula, los dos hombres y Wana se vieron zarandeados a placer por aquellas criaturas deformes. Seres que no figuraban en ningún catálogo, reptiles con patas y tentáculos, cuya ansia era sólo la de destruir.

— Utilizaremos los cañones ultrarrápidos.

Los dos tubos de acero de los cañones asomaron al exterior.

— Cuando se pongan a tiro, los asaremos —dijo Herb.

Las granadas de los cañones constituían la última esperanza para verse libres de los monstruos.

Algo crujió en el interior de la nave.

— Conseguirán aplastarnos —dijo Mac.

Herb, decididamente se enfundó la escafandra.

—¿Qué vas a hacer?— inquirió Mac.

— Voy a salir… Esos reptiles parecen ser iguales que nuestros «viejos amigos». Deben ser también vulnerables en los ojos, aunque sean más grandotes.

— Ten cuidado, Herb —advirtió la muchacha, con el temor reflejado en su semblante.

Cuando Herb estuvo dispuesto, sujetó con firmeza la pistola y pidió a su compañero.

— ¡Abre la puerta!

Tras un segundo de espera, Mac accionó el mecanismo de abertura, pero Herb no tuvo tiempo de salir.

Wana había lanzado un grito, al mismo tiempo que MacKingley advertía:

— ¡Cuidado!

Dos tentáculos penetraron por la abertura buscando el cuerpo de Herb.

El joven pudo esquivarlos a tiempo.

Extrajo un cuchillo de su estuche de herramientas.

Los tentáculos pendían amenazadores.

Herb se lanzó contra uno, intentando cortarlo con la hoja del cuchillo, pero no obtuvo ningún resultado.

— Se ha doblado la hoja —dijo, y tiró el cuchillo.

No podía moverse mientras los tentáculos le estuvieran buscando.

— Cierra la puerta, Mac —indicó la joven.

Mac lo estaba intentando, pero el impedimento que constituían los dos tentáculos introducidos en la abertura no permitían encajar la puerta.

— Dale fuerte —gritó Herb.

— No puedo; ha quedado encallada contestó Mac.

Herb no esperó más. Se apartó todo lo que pudo y, tomando impulso, se lanzó hacia delante.

— ¡No seas loco! —gritó su compañero.

Pero ya era demasiado tarde. Herb estaba fuera. Había dado una voltereta en el suelo y, en cuclillas, con las piernas ligeramente separadas, se enfrentaba a uno de los monstruos que atacaban la nave; buscando una posición adecuada para disparar.

Los tentáculos se acercaban peligrosamente al joven.

Por el visor, Wana y Mac seguían la escena desde la nave.

— Si pudiera alcanzarlos con los cañones —gruñó

Mac.

Fuera, Herb retrocedía.

Ahora había sacado la otra pistola, y esperaba la oportunidad de hacer fuego.

Uno de los monstruos avanzaba.

Ahora, la nave sólo quedaba sujeta por los tentáculos del otro monstruo.

Herb abrió fuego con las dos pistolas.

El extraño «ser» lanzó un terrible gruñido, pero siguió en pie.

— ¡No le ha dado! —exclamó Mac, expectante.

Herb tornó a abrir fuego.

De nuevo el monstruo gruñió, retrocediendo.

El otro «ser», como si de repente dejara de interesarle la nave, se volvió igualmente hacia Herb.

Desde fuera, Herb gritó:

—¡Ahora estáis libres! ¡Largaos, mientras yo me entiendo con estos monstruos!

Por toda respuesta, Mac se limitó a variar la posición de la nave y comenzó a accionar los controles de los cañones.

El ruido característico de las granadas al salir de los cañones rompió el silencio.

Pero las granadas sólo conseguían rebotar en la piel de los dos «seres», sin que ninguno de ellos acusara la menor molestia.

El crepitar de los disparos se confundió con los gruñidos espantosos de los dos monstruos.

— ¡Lárgate de una vez! —gritó Herb—. Ya nos encontraremos.

Mac dudó.

—¡Vamos, Mac! Ahora es la ocasión. Vete, Vete… ¡Salva la nave! Yo voy a capear el temporal como pueda.

Mac cerró la puerta.

— Nos alejaremos —dijo Mac simplemente.

De nuevo rugieron los reactores y el aparato se elevó verticalmente a poca velocidad.

En tierra, Herb continuaba retrocediendo, sin dejar de disparar contra los ojos de sus dos atacantes.

Los continuos movimientos y contorsiones de las criaturas le impedían fijar bien la puntería, pero, por otra parte, resultaban mucho menos vulnerables que sus compañeros de menor tamaño.

En el aire, Mac murmuró:

— Tengo una idea. Cierra los ojos y no temas —advirtió a Wana.

— ¿Qué pretendes?

— Me lanzaré contra ellos, en cuanto haya acelerado.

— Puede ser una buena idea —replicó Wana.

Mac se alejó un poco más y puso al máximo el rendimiento de los motores.

— ¡Allá vamos! —exclamó.

El aparato, como si surcara el espacio se lanzó materialmente hacia los dos «seres» que parecían ajenos al ataque.

Herb no desviaba un momento su atención de ellos.

— ¡Cuidado, Wana! —advirtió MacKingley.

Los monstruos aparecían bien enfilados en el visor.

Mac aferrado a los mandos, dirigía la nave contra el que estaba más próximo.

El choque era inminente.

Una de las «criaturas» se volvió en aquellos momentos y agitó los tentáculos, como si quisiera apresar al vuelo la astronave.

La otra recibió de lleno el choque.

Toda la nave vibró con el choque, y por un instante, pareció que quedaba suspendido en el aire, pero prosiguió la marcha, mientras el monstruo que había recibido el impacto se retorcía.

— ¡Buen golpe, muchacho! —dijo Herb, a través del transmisor acoplado a su escafandra.

— Procura alejarte. Te recogeré —repuso Mac disponiéndose a repetir la suerte.

Ahora, los dos monstruos miraban al aire y agitaban sus tentáculos de forma amenazadora.

Mac se lanzaba ya de nuevo contra el primero que se le pusiera por delante.

— ¡Cuidado, Wana! —advirtió.

El bólido, como una exhalación, se lanzó contra la cabeza del monstruo, que saltó hacia atrás lanzando otro terrible gruñido.

El otro, al agitar los tentáculos, golpeó la plancha del aparato, que pareció perder estabilidad, pero una vez más se recuperó.

— ¡Vamos, Herb! —exclamó MacKingley—. Voy a recogerte. Aléjate lo que puedas.

Herb comprendió que nada podía hacer luchando solo contra aquellos dos colosos y echó a correr.

Los monstruos se echaron al suelo para perseguirle, reptando.

Mac regresaba con la astronave, que hizo posarse sobre su trípode.

Abrió la puerta rápidamente y soltó la escalera.

Herb trepó por ella.

— ¡De prisa! —exclamó.

Los dos monstruos se acercaban peligrosamente, pero MacKingley ya había conseguido elevarse.

Momentáneamente estaban salvados, pero no podrían cantar victoria hasta que no diesen con aquel paraíso subterráneo, único lugar con vida… si es que había resistido los embates de la transformación del planeta Tierra.

CAPÍTULO XVI

—Según las coordenadas, debe ser aquí —dijo Herb señalando un punto en la oscuridad.

Wana estaba manipulando en su radio, intentando localizar la avería que le permitiera transmitir con su planeta.

— Vamos a tomar tierra —indicó Mac.

Herb condujo el aparato sobre el punto donde indicaban aproximadamente las coordenadas del profesor Van der Dinner se hallaba el refugio subterráneo.

La superficie, igualmente lisa y llana, permanecía despejada de obstáculos.

— No hay monstruos a la vista —dijo Herb.

Poco después el aparato se posaba en el hielo.

Cuando los tres supervivientes asomaron al exterior, Herb, tras echar una ojeada en torno suyo, murmuró:

— Parece imposible que hasta hace poco esto fuera un desierto de arena, donde debía hacerse difícil soportar el calor.

Wana, atenta a la señal de su transmisor, murmuró unas palabras que ni Mac, ni Herb pudieron comprender.

— ¿Has conseguido la comunicación? —preguntó Herb.

— Lo estoy intentando. Emite una señal. Puede que me escuchen.

— Bueno… Ahora tenemos que buscar ese refugio bajo lo que fueran arenas del Sahara —dijo Herb.

Las linternas buscaron palmo a palmo por la superficie.

— Si hay alguien debajo de nosotros, captarán el mensaje —dijo Mac y manipuló su transmisor portátil.

— ¡Atención! Hablamos desde la superficie. Pilotos MacKingley y Herb, del módulo espacial reino Aliado V… ¿Me escucha alguien? Repito, estamos en la superficie buscando el refugio subterráneo. Al

habla piloto MacKingley, del módulo espacial reino Aliado V. Contesten si pueden oírnos.

Se produjo un silencio.

— Están a demasiada profundidad y aislados… No es posible que nos escuchen, si es que en realidad estamos encima de ellos — dijo Herb.

— Éste es un transmisor especial, Herb. Tienen que oírnos… Lo que ocurre es que podemos habernos equivocado.

— Inténtalo de nuevo. Si no contestan, nos marcharemos.

Mac volvió a hablar repitiendo más o menos las mismas palabras de antes.

Después de un minuto de silencio, sacudió la cabeza negativamente.

— Lo siento —murmuró.

Entonces el transmisor emitió una señal.

— ¡Contestan! —exclamó Mac.

Se puso a la escucha.

La voz llegó perfectamente hasta ellos.

— Aquí, coronel Starkmann, de las Fuerzas Especiales de Salvamento. Me hallo en el interior del refugio con otras diecinueve personas. Somos los únicos supervivientes de una expedición.

— ¿Cómo podemos entrar, coronel? —preguntó Mac.

— Intentaré subir a la superficie. No se muevan de donde están.

— Muy bien, coronel. Le esperamos. Dese prisa… Tal como están las cosas, no es seguro permanecer aquí afuera.

— Lo comprendo.

El que había hablado cortó la conversación. Mac guiñó un ojo a su compañero.

— Bueno. Ese lugar existe y, por lo visto, parece seguro.

— ¿Creen que yo…? —empezó Wana.

— Tú vendrás con nosotros. No vamos a dejarte fuera.

Ella pareció vacilar.

— Sí. Ya sé que te gustaría más poder regresar con los tuyos… Particularmente, no me seduce la idea de pasar el resto de mis días bajo tierra, pero, hoy por hoy, es el único medio de sobrevivir.

Tras un silencio, pudieron escuchar el ruido característico de un taladro.

— ¡El coronel! —exclamó Herb.

Y todos comenzaron a buscar con la vista el lugar de donde provenía el ruido del taladro.

Al fin el coronel asomó a unos cincuenta metros de allí.

— ¡Eh! ¡Vengan por aquí! —exclamó.

Los tres corrieron hacia el hombre que acababa de emerger de las profundidades. Estaban ávidos de noticias y deseosos de encontrar a otras personas.

— ¿Han venido en una nave? —fueron las primeras palabras del coronel que vestía de uniforme.

— Nos sorprendió la catástrofe en pleno vuelo. Perdimos a un compañero —explicó Mac.

— ¿Cómo están de combustible?

— Bien —replicó Mac.

— Tal vez tengamos que utilizarlo para trasladar a la gente.

— No hay muchos sitios donde ir, coronel.

— Al refugio de Australia. Está en mejores condiciones. Cuando vea esto, comprenderán que no es el lugar que habíamos imaginado. Vengan conmigo.

El coronel abrió la marcha.

Les indicó un clavo montañero sujeto debajo de la costra de hielo. Una cuerda servía para el descenso.

— Tendrán que bajar como puedan hasta el tablado. Luego utilizaremos una plataforma.

— Creí que había un ascensor —murmuró Herb.

— Lo había, pero el movimiento de tierras lo inutilizó. No hay posibilidad de arreglarlo.

El coronel no parecía demasiado optimista con respecto al refugio.

CAPÍTULO XVII

Llegaron a la plataforma superior. De allí y por el interior de un tubo, una plataforma móvil, accionada por medio de una cuerda, servía para descender. No había otro medio.

Una antorcha de luz nuclear iluminaba la estancia.

— Pueden bajar de dos en dos… La señorita primero —invitó el coronel con gesto grave.

—Vamos, Wana— indicó Herb, tomándola del brazo.

En aquel momento, se escuchó un ruido, como si algo se removiera entre la tierra.

— ¿Qué es eso? —preguntó Mac.

—Es nuestra preocupación. Con nosotros se halla Christopher Lanz… Supongo que saben quién es.

—Un perito en el estudio del subsuelo— replicó Herb—. Se hablaba de él con frecuencia.

—Está abajo… opina que nos hallamos expuestos a morir por aplastamiento. La tierra se va corriendo lentamente a medida que el hielo penetra por las distintas capas. Estamos solamente en los primeros días de enfriamiento. En el centro de la tierra hay calor, pero, dentro de un tiempo, el hielo será la única masa « con vida» en todo el planeta. Mucho antes de que esto suceda, no quedará una sola cueva, sea cual fuere su profundidad…— Hizo una pausa antes de añadir—. De cualquier modo, otras cuevas podrán resistir años. Ésta, no.

Y de nuevo el ruido delator de algo que se está resquebrajando pareció corroborar las palabras del coronel.

Herb y la muchacha se deslizaron por la plataforma.

Al soltar la cuerda y sujetarla, la plataforma se hundió por el hueco.

— La profundidad es de quinientos cuarenta metros —advirtió el

coronel.

Al llegar abajo se encontraron en una galería perfectamente iluminada.

Las paredes que habían sido decoradas para hacer más agradable la estancia aparecían llenas de grietas.

Un corredor conducía hasta la sala principal, de donde partían otros dos corredores para las distintas habitaciones.

Las treinta y nueve personas se hallaban en la sala principal.

Herb, al observar los rostros de los supervivientes, advirtió en todos ellos el reflejo de la angustia.

El único que se acercó a dar la bienvenida a los recién llegados fue un hombre entrado, en años que se presentó a sí mismo.

— Soy el doctor Zeno von Kraft.

Herb dio su nombre y el de la muchacha, sin explicar, de momento, su condición de extraterrestre.

Al quitarse la escafandra, murmuró en vez baja.

— ¿No puedes quitarte la tuya?

Ella negó con la cabeza.

Pasaron al interior y tomaron asiento.

A pesar de la alegre decoración, aquello, parecía tétrico.

Un niño lloró y su madre intentó consolarle.

Una niña, de unos doce años, se acercó al piloto.

— ¿Usted tripula una nave? —preguntó.

— Sí.

— ¿Nos sacará de aquí?

— Bueno… Para poder efectuar un vuelo largo tendremos que reparar algunas averías.

— Si usted nos saca, no moriremos.

Herb echó un vistazo en torno suyo y buscó con la mirada a un hombre determinado.

Le reconoció por las fotografías que de él había visto publicadas anteriormente. Se acercó a él.

— ¿Lanz? —inquirió.

El hombre volvió sus ojos hacia el piloto.

— En efecto, soy Cristopher Lanz.

— ¿Cuánto tiempo puede durar la estabilidad de este refugio?

— Depende… Si el hielo penetra el ritmo actual, podemos decir que unos tres días.

— ¿Días? ¿Cómo pueden medir el tiempo? Los relojes se han detenido. Ahora no existe el tiempo.

— Aquí seguimos aislados, piloto. Hay acondicionadores para todo. El reloj especial funciona. Véalo usted mismo.

Indicó con el índice una esfera de gran tamaño, situada en una de las paredes.

— Ahora son las dos de la tarde. Hora de Londres. El día de la semana es miércoles.

— O sea que, según usted… el sábado la cueva puede haber desaparecido.

— Pudiera ser.

—Bien… Entonces no quedará demasiado tiempo para descansar. Necesitaremos ayuda para poner a punto nuestra nave.

* * *

El coronel, constituido en jefe de la reducida comunidad, pidió voluntarios.

Salieron los dos más jóvenes. El resto, aparte de las mujeres, eran hombres maduros, como el doctor von Kraft, o el profesor Lanz, o el abogado Sorel o el orondo millonario Spartakis, que había conseguido salvarse, juntamente con su joven prometida Regina, famosa también, pues su fotografía había sido publicada profusamente en los periódicos.

— Necesitaremos más gente —dijo Mac—. Si quieren que les saquemos de aquí, todos deben colaborar.

— Ya lo han oído, señores. Todos los hombres, que se pongan las escafandras y los trajes para salir a la superficie.

Nadie protestó, pero Spartakis no se movió de su butaca.

— ¿Quién es ése? —murmuró Herb mirando al millonario.

El coronel se dirigió a Spartakis.

— Creo que ya me ha oído, señor Spartakis. Necesitamos la ayuda de todos.

— No creo que la mía sirva de gran cosa. Yo no entiendo de naves espaciales. Mis servicios no serían de gran ayuda.

Herb replicó:

— No pedimos técnicos, señor. Si no obreros.

Spartakis se consideró ofendido.

— ¿Sabe quién soy yo?

— Alguien que desea tanto salvar su piel como yo o como cualquiera de los aquí reunidos.

— ¿Hace falta que le diga que puedo comprar su nave? —rezongó el millonario.

— No lo dudo… Pero si algo ha dejado de tener valor en estos días es precisamente el dinero… Ahora ya no se puede comprar nada, señor Spartakis… Así que, si quiere salvarse, suba con los demás.

Herb hablaba con marcada sorna y un poco de desprecio hacia quien, en aquellas circunstancias, pretendía hacer prevalecer su clase.

El coronel recomendó calma.

— Sin discutir. ¡Vamos! Vayan todos con los pilotos. Cuanto más pronto tengan listos el aparato, antes saldremos de aquí.

El ruido más fuerte de algo al resquebrajarse hizo correr un escalofrío a más de uno de los reunidos.

Un hombre llegó corriendo del corredor de la parte trasera.

— La pared de seguridad se está agrietando. ¡Va a reventar! —anunció demudado y sin aliento.

—Vaya a echar un vistazo, Lanz —pidió el coronel.

La incertidumbre estaba reflejada en todos los ojos.

Herb salió detrás de Lanz.

Poco después se hallaba en el corredor circundante al refugio.

Lanz murmuró:

—Tal vez no lleguemos a los tres días. Hay que dar el muro por perdido. ¡Que cierren herméticamente todas las puertas! Desde ahora es como si no existiera el muro de seguridad. Aislaremos esta ala.

Igual que un submarino, donde es posible aislar los diversos compartimientos, también el refugio tenía un sistema de compuertas que permitía dejar fuera de uso determinada zona.

Todas las puertas fueron cerradas.

Apenas estuvo asegurada, la última se produjo la avalancha.

Todo el refugio pareció temblar, pero las puertas resistieron bien.

Herb murmuró:

— Vamos arriba. Esto cada vez me gusta menos.

* * *

Lo que todos ignoraban era que el proceso natural de corrimiento de tierras era ayudado por «alguien» más.

Por entre la tierra y el hielo, igual que topos se estaban deslizando los «seres» reptantes.

Como un ejército camuflado en el subsuelo, avanzaba en desigual formación, contribuyendo a agrandar las grietas o a producir otras nuevas.

El alambre superior, semejante a una antena, con la bolita final, les servía de perforadora y el avance se producía con notable rapidez.

Por supuesto, conseguirían horadar las paredes del refugio bastante antes de tres días.

CAPÍTULO XVIII

— Comprobados los estabilizadores, Mac.

— Entonces todo conforme. Creo que ya estamos en condiciones de emprender el viaje.

Spartakis refunfuñó a causa de la grasa con que había quedado impregnado su mono.

— ¿Cómo vamos a caber aquí veinte personas?

—Veintitrés, señor Spartakis— recordó Herb—. Porque nosotros también contamos, ¿verdad? ¿O piensa tripular usted la nave?

El millonario se volvió para regresar al refugio.

Abajo, en la sala del reloj, las manecillas marcaban las cuatro de la tarde del jueves.

En la superficie, el coronel se aproximó a Mac.

— ¿Cuántos puede llevar?

— Si se conforman en viajar un poco estrechos, intentaremos que quepan todos.

— ¿Podrá soportar el peso?

— Más o menos, será igual que el equipo que solemos llevar en nuestros viajes. Es sólo el volumen, pero con buena voluntad se arreglará.

— ¿Cuánto tiempo calcula que durará el vuelo?

— Este no es un avión corriente… Calcule que unas tres horas.

Del Sahara a Australia, en tres horas, no resultaba un mal promedio.

— Avisaré a la gente —dijo el coronel.

En poco tiempo todos estuvieron preparados para la marcha.

Bajo tierra sonaba con más insistencia el ruido de los monstruos al taladrar para abrirse camino.

— ¿Estamos todos? —preguntó el coronel, echando una ojeada a los reunidos.

Los contó por encima.

Eran diecinueve y con él veinte.

—¡Cuidado! —advirtió entonces Wana.

Las luces buscaron el ruido «deslizante».

Los dos monstruos gigantescos sin duda habían seguido el rastro. A medio kilómetro de allí se arrastraban camino de la nave.

— ¡Dense prisa, suban todos! —advirtió Herb—. Primero, los niños y las señoras.

Spartakis acompañó a su joven prometida.

— Usted guarde turno… Y una vez arriba, colóquense tal como se les indique.

Mac iba acomodando a la gente.

— Hay que distribuir el peso. Siéntense en el suelo.

— ¡Vamos, ahora, los hombres! —ordenó Herb.

Spartakis, una vez más, empujó para ser el primero.

Wana estaba pendiente del ruido de las «criaturas».

— Más de prisa, Herb. Pronto nos alcanzarán.

— ¡Rápido, rápido! —ordenaba el coronel.

Casi todos los ojos estaban pendientes de los «monstruos», que no podían ver a causa de la oscuridad, pero que todos presentían muy cerca.

— ¡Listos, Herb! —dijo Mac desde arriba.

Estaban aprovechado hasta el último rincón de la nave.

Había gente hasta entre los sillones del panel de mandos.

Mac cerró la puerta y accionó la palanca de los reactores.

Herb ocupó su puesto. Todo estaba preparado para el despegue.

— Esta vez no nos alcanzarán —declaró Mac, refiriéndose a los monstruos.

Al bajar la palanca de despegue, Herb cambió una mirada con su compañero.

Parecía faltarle empuje a la nave para despegar.

— Intentémoslo otra vez —murmuró Herb.

Fue inútil. La nave quería elevarse, pero no podía hacerlo. Demasiado peso.

— Habrá que hacer dos viajes —murmuró Mac del peor talante.

— Tenemos a esos bichitos detrás nuestro —repuso quedamente Herb.

— Señores… procuren guardar la calma —añadió Herb

dirigiéndose a los viajeros.

—¿Ocurre algo?— indagó el coronel.

— Seguramente tendremos que hacer dos viajes. La mitad de ustedes tendrá que volver al refugio. Dense prisa.

— Un momento —advirtió Mac—. No respondo de que pueda efectuar dos viajes, Herb. Hemos perdido mucho combustible.

Se produjo un murmullo de desaprobación.

— ¿Cuánto lastre hay que quitar? —preguntó Herb.

— Calculo que dos o tres personas… Se podría intentar.

— Nadie querrá quedarse sin garantías de que vendremos a por él.

— ¡Bajen todos! —exclamó Herb.

—¡Dense prisa! ¡«Ellos» están ya aquí! —añadió Wana.

Mac abrió la puerta y la gente descendió apresurándose a regresar al refugio.

Los dos monstruos estaban a menos de diez metros y se incorporaron para lanzar sus tentáculos hacia delante.

La mujer que llevaba el niño en brazos patinó en la superficie y cayó de bruces protegiendo con sus brazos al pequeño.

Herb le ayudó.

Uno de los tentáculos del monstruo le rozó ligeramente, pero consiguió esquivar el peligro.

Poco después, todos estaban reunidos en la sala del reloj.

Mac informaba:

— La situación es ésta… Normalmente el peso no influye en este tipo de naves, pero ahora lo estamos utilizando como un avión. Ha sufrido serias averías, que sólo hemos conseguido remendar para salir del paso. No podemos pedir a la nave que haga milagros… El exceso de peso es escaso, pero, tal como están las cosas, aunque consiguiéramos remontar el vuelo, perderíamos altura y correríamos el riesgo de estrellarnos. Quizá si dos personas quisieran quedarse.

Se produjo un murmullo de conversaciones.

— ¡No habrá nadie tan loco como para quedarse y esperar una muerte segura! —protestó Spartakis.

El coronel miró a los reunidos.

— No podemos ofrecer garantías. Pero quien se quede, sacrificándose por los demás, puede tener la seguridad de que

haremos lo imposible para regresar a buscarle.

Nadie levantó una mano ofreciéndose.

Y entretanto, en la superficie, los dos monstruos gigantescos parecían montar guardia para vigilar la nave. Y en el subsuelo el ejército de reptiles continuaba perforando, cada vez más cerca de la cueva, Que una vez más crujió.

CAPÍTULO XIX

Spartakis encontró muy pronto la manera de elegir los que tenían que quedarse.

— La señorita que va con ustedes no es de la Tierra. Es una extraña. Creo que la prioridad es para nosotros; en cuanto al otro, creo que la decisión es bien clara. El coronel, como jefe y responsable, es quien debe dar ejemplo.

— Y no dude de que lo daré, señor Spartakis —replicó el militar —, pero no puedo ser yo quien señale a la persona que deba quedarse conmigo.

Wana intervino:

— Ese señor tiene razón. Yo no pertenezco a su raza. Soy una extraña y debo quedarme.

— ¡Un momento, Wana! —intervino Herb—. Spartakis no es quien para decidir sobre las vidas ajenas… No pueden echarte. ¡Me opongo, coronel! Ella irá con nosotros.

— Un poco de calma. Discutiendo no llegaremos a ninguna parte… Admitamos que la situación es delicada.

Wana se separó del grupo y, con la mano, hizo una indicación a Herb para que se aproximara.

— ¿Qué quieres?

— Insisto en lo dicho, Herb.

— Tú no tienes por qué sacrificarte, no lo consentiré. Ignoro lo que será de nosotros, pero, si tengo que elegir, tú reúnes más méritos que cualquier otro. No sé el tiempo que ha pasado desde que nos encontramos, pero siento como si toda la vida nos hubiésemos conocido…

— Eres muy amable.

— Digo lo que siento.

— Herb… Es posible que a estas horas me hayan localizado. Sé

que mandarán una nave.

— Esto es hipotético, y sabes que, quedándote aquí, corres mucho peligro.

De nuevo, la tierra sufrió un corrimiento y ahora fue más pronunciado.

— ¿Te das cuenta? Y luego, arriba, están los otros dos monstruos.

— Alguien debe quedarse… Quienquiera que sea correrá los mismos riesgos… Herb, compréndelo. En el fondo, no es ningún sacrificio. Prefiero irme con los míos. Correr el riesgo significa la oportunidad de regresar.

— También podrías regresar desde Australia.

— Si he de marcharme, tanto da un lugar como otro, y así doy oportunidad a que mi puesto sea ocupado por uno de los tuyos.

— ¡No son los míos!

Wana se puso en pie.

— Coronel, está decidido; elijan al otro. Yo me quedaré.

— No elija a nadie, coronel —añadió Herb a su vez. Mac puede pilotar la nave sin mí. Yo también me quedo.

Se hizo un silencio; sólo roto por el llanto de un niño.

Mac se acercó a su amigo.

— Tenías que salir con una de tus cosas. Me lo estaba figurando —susurró.

— A mí tampoco me seduce la idea de enterrarme en vida, muchacho…

— Pues como lo vas a conseguir… Esto se está cayendo.

— Puede que en Australia ocurra lo mismo. No… Si está escrito que debo vivir, prefiero hacerlo… en cualquier otro planeta, donde haya luz y vida, no en un agujero como los topos.

— Voy a echar un vistazo a la superficie —manifestó el coronel —. Los demás, prepárense.

Apenas lo había dicho, cuando la tierra fue sacudida por un nuevo temblor.

— ¡La pared! ¡La pared! Va a reventar —gritó alguien.

Algo surgió de pronto.

Era una cabeza achatada con un solo ojo.

Varios gritos femeninos resonaron por todo el subterráneo.

Tras la cabeza apareció el cuerpo cilíndrico del «ser» con cuerpo

de serpiente.

Al primer agujero siguió otro, y una nueva cabeza asomó igualmente. Y después otra, y otra.

— ¡Vayan todos a la sala de seguridad! —gritó el coronel—. ¡Los hombres, que se provean de las armas!

Los «seres» no podían avanzar de pie debido a la escasa altura de las paredes en relación con su tamaño, pero se arrastraban dispuestos a atacar.

— ¡Dispárenle a los ojos! —advirtió Herb.

El coronel, en primera línea, abrió fuego con una pistola.

El primer disparo, certero y dirigido al único ojo del ser al que apuntó, lo inmovilizó por completo, pero la nave estaba siendo invadida completamente por aquellas criaturas, que se arrastraban atropellándose unas a otras para seguir adelante.

Los gritos de las mujeres se mezclaban con el fragor de los disparos.

No era posible dar alcance a todos los atacantes.

Uno de ellos adoptó una posición hasta entonces inédita.

Enroscó parte de su cuerpo, dejando erecto el resto. Así, con menor altura, podía maniobrar bien.

Los demás le imitaron.

En seguida, más de aquellos monstruos, después de sacar sus respectivos brazos de emergencia, intentaron alcanzar a los terrestres.

— ¡Manténgalos a raya! —exclamó el coronel—. Voy a ver si en la superficie pasó el peligro.

— Tenga, cuidado coronel. Los de arriba son todavía más peligrosos y totalmente indestructibles.

— Gracias por avisarme.

El coronel desapareció hacia la plataforma para salir al exterior, mientras la lucha proseguía abajo.

Tres de los monstruos taladraron una de las paredes y avanzaron como si olieran a los que estaban encerrados en la sala.

— ¡Córtenles el paso! —advirtió Mac.

Spartakis, en un rincón, disparaba sin precisar demasiado su puntería.

Herb advirtió:

— No malgaste balas, aunque pueda pagarlas. Pueden hacernos

falta.

Lanz consiguió alcanzar a otro de los atacantes.

El doctor von Kraft también demostró poseer buena puntería, pero los demás se mostraban impotentes pese a su buena voluntad.

La tierra tembló de nuevo.

A medida que nuevos «seres» iban pasando al interior, el corrimiento iba en aumento.

—¡Cuidado! Uno de estos reptiles está perforando el cuarto donde están encerradas las mujeres.

Y en efecto, el «ser» tenía ya media cabeza en la sala.

Las mujeres gritaron horrorizadas.

Herb avanzó gritando:

— ¡Abran la puerta!

Cuando le franquearon el paso, se situó delante de la «criatura» y le disparó directamente al ojo.

El monstruo, al ser alcanzado, quedó automáticamente «plegado».

Pero terminado un peligro surgía otro, porque, en aquel instante, otra parte de pared estaba siendo perforada por una nueva cabeza, que no tardó en aparecer.

Y Herb disparó otra vez con su envidiable puntería.

— ¡Hay más! ¡Hay muchos más! —gritó la rubia acompañante del millonario.

Herb se multiplicaba.

Mac estaba haciendo lo propio en otro lugar del subterráneo.

Aquello era una invasión en toda escala y, a pesar de las bajas, los atacantes tenían la ventaja de su superioridad numérica.

CAPÍTULO XX

— ¡No es posible salir! —exclamó el coronel al regresar de la superficie.

— Siguen ahí, ¿verdad? —inquirió Mac refiriéndose a los dos monstruos de quince metros de envergadura.

— Tiene que haber algún modo de ahuyentarles.

— El fuego… —murmuró Herb, al frente de las mujeres, quienes, ante la total invasión de los reptiles, habían abandonado la sala—. Inténtenlo con fuego.

— Un lanzallamas… Hay uno en el armero —explicó el coronel.

— Se puede intentar. Vamos, hay que salir de aquí.

Todos querían ser los primeros en abandonar el subterráneo.

— Orden, orden —gritó el coronel, cuando regresaba con el lanzallamas. Herb lo examinó.

— Es de tipo moderno… Voy a salir primero. Entretendré a los monstruos, mientras los demás suben al aparato.

— Voy con usted, Herb —ofreció el coronel.

— ¡Cuidado! ¡El techo!

La voz de Lanz llegó oportunamente.

Parte de la techumbre quedó colgando unos instante, para terminar por hundirse.

Los chillidos aumentaron de volumen.

Dos de los «seres» quedaron medio sepultados por los escombros, pero emergieron rápidamente, asomando sus respectivas cabezas por entre la tierra reblandecida y el material que se había empleado para construir el refugio.

A aquel derrumbamiento siguieron otros.

Todo el refugio se estaba viniendo abajo.

Y Herb, ya en la superficie, en compañía del coronel, salió empuñando el lanza llamas.

Inmediatamente, los tentáculos de uno de los monstruos intentaron sujetarle.

El piloto se dejó caer. Dio una voltereta y arrojó el primer chorro de llamas hacia el monstruo.

La «criatura» retrocedió emitiendo un feroz gruñido.

— ¡A su espalda, Herb! —advirtió el coronel.

Instintivamente, el joven se apartó dirigiendo el fuego a la parte opuesta, donde el otro monstruo había pasado al ataque, eligiendo también a Herb.

— El fuego les asusta, pero no los destruye —dijo el coronel.

— Eso veo… Pero si conseguimos entretenerles mientras los otros se ponen a salvo…

El primer contingente formado por cuatro mujeres asomó a la superficie.

Cuando Herb advirtió su presencia, exclamó:

— ¡Al aparato! Entren y cierren la puerta. Ocurra lo que ocurra no se muevan de allí.

Las cuatro mujeres se apresuraron a obedecer.

Mientras tanto, abajo, el resto de los supervivientes se apretujaba en la última galería, en medio del caos producido por la techumbre en pleno derrumbamiento general.

Las paredes se doblaban, el material metálico de refuerzo cedía ante la terrible presión a que era sometida.

— ¡Tengan calma! ¡Tengan calma! —recomendaba von Kraft.

Los «seres» gruñían emergidos y desapareciendo entre las ruinas.

Lanz y MacKingley disparaban contra los monstruos cortándoles el paso.

La plataforma llegó nuevamente vacía para cargar a otras cuatro personas, que era la carga para la subida.

Otros tantos hombres tiraban de la cuerda para izar el ascensor improvisado en su penosa subida a quinientos metros de la superficie.

En el exterior, Herb seguía atrayendo con el lanzallamas a los dos monstruos gigantescos, impidiendo que atacaran a la nave.

Pasaba el tiempo y crecía el peligro.

Herb se preguntaba hasta cuando conseguiría mantener a raya a aquellas dos especies de saurios.

Los de abajo tenían prisa en salir y huir del derrumbamiento y

de los otros monstruos que no cejaban en su empeño de aproximarse.

El techo de la galería amenazaba también con derrumbarse.

— Hay que apuntalarlo, para que aguante un poco más —dijo Lanz.

Alguien dijo haber visto unos restos de vigas.

— Tráiganlos.

Una viga fue transportada fatigosamente por tres hombres.

— Ayúdenme a colocarla.

Se estaba trabajando con un doble peligro. El del derrumbamiento y la proximidad de los «seres».

Y la plataforma bajó de nuevo para que montara en ella la última de las mujeres y tres hombres.

Quedaban todavía un par de viajes.

Wanda era la mujer que iba en el improvisado ascensor.

Le habían dado un arma y apenas llegó a la superficie corrió junto a Herb.

— Apártate, Wana. Es demasiado peligroso.

Uno de los gigantescos monstruos pareció fijarse en ella.

Wana disparó su arma, apuntando a los ojos.

Su puntería resultó ser excelente, pues si bien el monstruo no fue abatido, retrocedió gruñiendo.

— ¿Cómo andan las cosas por abajo?

— El refugio se hunde.

— Bueno… Esperemos que todos puedan salvarse.

Fue entonces cuando el transmisor de Wana emitió un sonido especial.

Ella dejó de disparar.

— ¡Es la onda directa!

— ¡Cuidado, Wana! Apártate.

Demasiado tarde. El enorme tentáculo del monstruo la había sujetado por una pierna.

Ella quedó colgando boca abajo, mientras el monstruo la elevaba.

— ¡Wana! —exclamó el piloto.

Se aproximó al terrible «ser» y lanzó un chorro de fuego en la parte media de su cuerpo.

La bestia gruñó repetidamente.

Herb siguió soltando fuego casi a quemarropa, mientras la joven se debatía intentando saltar.

La radio emitía en un lenguaje extraño.

Herb corrió hacia el aparato. Trepó hasta el techo para alcanzar mayor altura y desde allí dirigió el chorro de fuego a la cabeza del monstruo.

Esta vez, el gruñido pareció resonar por todo el desolado paisaje.

Los tentáculos del monstruo se elevaron hacia la parte herida, a la vez que soltaba su presa.

La facilidad de Wana en los saltos le evitó que, al caer de unos doce metros de altura, pudiera lastimarse.

El monstruo, con los tentáculos en el rostro retrocedía, retorciéndose, contorsionándose, mientras el otro, como si intentara vengarlo, pasaba más ferozmente al ataque.

— ¡Sal, Wana, sal! —gritó Herb—. ¡Sal de ahí!

Herb saltó y rodeó al segundo monstruo para impedir que cualquiera de sus coletazos pudiera derribar el aparato.

Del subterráneo llegaba ya el penúltimo contingente: cuatro hombres.

Abajo sólo quedaban Lanz, von Kraft y otro de los hombres.

Mac venía con los recién llegados para preparar el aparato para la marcha.

Pero en el subterráneo, los puntales que habían colocado en la última galería se estaban resquebrajando.

En aquel reino caótico sólo tenían vida los seres surgidos del frío, pero algo ocurrió entonces.

El aire acondicionado, que hasta entonces había mantenido una temperatura ambiente totalmente normal, hizo mella en aquellos extraños seres, que sólo podían vivir en el frío. Sus ataques remitieron.

Lentamente, los gruñidos fueron apagándose.

Las ruinas se removieron todavía con los últimos coletazos de los monstruos que luchaban por sobrevivir. Ahora ya el único peligro era la techumbre.

Quedaban tres hombres cuya vida dependía de la rapidez con que pudieran alcanzar la última plataforma.

Sobre sus cabezas, las grietas se iban haciendo más pronunciadas y la presión de la tierra cedía constantemente.

El sonido de los monstruos había cesado.

La gruta semejaba un lugar sin vida.

— ¡La plataforma! —exclamó von Kraft.

Subieron apresuradamente.

El hueco por donde subían los hombres, esta vez arrastrados desde arriba y ayudándose también ellos, parecía perder su rectitud.

Todo amenazaba con hundirse.

Un estrépito tremendo anunció el final del refugio.

Entretanto, fuera, unos potentes focos iluminaron parte del espacio.

Los ojos atónitos de los que esperaban ponerse a salvo pensaron en un nuevo peligro que se cernía sobre sus cabezas.

CAPÍTULO XXI

— ¡Son los pájaros de guerra! —anunció Wana.

— ¿Los pájaros de guerra?

— Una de nuestras naves anunció su próxima llegada, y ha soltado los pájaros… Vienen a salvarnos.

El monstruo que Herb había herido permanecía retorcido sobre la superficie.

Era evidente que vivía y posiblemente se estaba reponiendo, pero el otro seguía luchando sin dar tregua a Herb. No obstante, la llegada de aquellos «pájaros» cambió completamente la situación.

El aspecto de lo que parecían animales con potentes focos en los ojos era similar al de un murciélago de tamaño más que regular.

Los dos pájaros se lanzaron contra el monstruo.

— ¿Qué clase de animales son? —murmuró Herb.

— Son mecánicos. Vuelan autodirigidos, pero atacan de acuerdo con las instrucciones del cerebro electrónico que llevan incorporado.

El monstruo se contorsionó para evitar ser alcanzado por los dos picotazos que le lanzaron los atacantes.

Mientras, a lo lejos, el punto luminoso de la nave anunciaba su inmediata llegada.

Del subterráneo aparecieron los tres últimos supervivientes.

— ¡Despega cuanto antes! —gritó Herb a su compañero.

Mac pareció dudar.

— No pierdas tiempo. Nosotros estamos a salvo… ¡Suerte, amigo!

— Lo mismo te deseo, Herb —replicó Mac.

Había un asomo de tristeza en los ojos de MacKingley.

Puso en marcha los reactores. A lo lejos, se veía avanzar la nave extranjera.

Su luz parecía una estrella, cuando desde cualquier punto de la Tierra podían verse brillar los lejanos planetas.

El módulo de Mac consiguió despegar.

Herb quedó solo con la mujer, y ambos fueron espectadores privilegiados de la singular lucha de los dos «pájaros de guerra» con el monstruo.

Entonces, el extraño saurio emitió un gruñido distinto. Parecía como una señal.

La lucha continuó, sin embargo. El monstruo se limitaba a esquivar los golpes y las acometidas de los «pájaros».

Y así permaneció hasta que la nave extranjera se posó sobre la superficie con un procedimiento mucho más simple.

El bólido, totalmente ovalado, frenó instantáneamente su marcha a escasos metros de la superficie, para posarse en el hielo con toda suavidad;

No se veía ninguna puerta; sin embargo, se corrió un panel a un lado dejando un hueco al descubierto.

Una voz pronunció unas extrañas palabras, y Wana murmuró.

— Tengo que irme. Vamos, Herb…

La lucha seguía en el aire, pero ya no parecía cosa de ellos.

Para salvar la altura del hueco de entrada, apareció una pasarela que, en ligera rampa, arrancaba desde el suelo hasta la entrada de la nave en la que no había aparecido persona alguna.

Cuando Herb, dando el brazo a Wana, pisó la palanca, volvió a oírse una voz metálica que salió del interior.

Se detuvieron.

Wana pareció contrariada y replicó algo.

La voz sonó monótona, casi cansada.

Ella volvió a replicar enérgicamente.

Y la voz replicó con aquellas extrañas palabras que producían la contrariedad en la mujer.

— ¿Alguna dificultad? —preguntó el joven.

— No quieren que vengas conmigo. Estoy tratando de convencerle.

— ¿Quién está ahí dentro?

— El piloto —murmuró ella.

— Tú puedes comprender y hablar mi lengua, supongo que él también me podrá escuchar.

— Sí. Pero será difícil convencerle.

— ¿Por qué? Voy en son de paz… Ya ves cómo ha quedado mi planeta. No existe más vida que la que puede encontrarse en un subterráneo.

Ella guardó silencio.

Herb alzó la voz y habló dirigiéndose al piloto, que no se decidía a aparecer.

— ¡Escuche! Necesito un lugar para vivir. Trabajaré para ustedes. Aportaré mi experiencia si la necesitan. No soy mal piloto… Además —miró a la muchacha—, me gusta su tripulante Wana.

—No debiste decir eso.

— ¿Significa algo para ti el hombre que está ahí dentro?

— Creo que no.

— Wana… Quizá no sea el mejor momento. Vivimos en un clima extraño. Todo está muerto. Me siento como si fuera el último mortal sobre una tierra que ya no existe y estoy frente a una mujer de un planeta al que nunca había oído nombrar… Sin embargo, me gusta… te quiero. Posiblemente vosotros tengáis una forma distinta de comprender el amor… Yo te enseñaré mi sistema y tú me mostrarás el tuyo. Nos entenderemos… Lo que pretendo es vivir a tu lado… Y verte sin esa escafandra, acariciarte.

— Basta, basta, Herb —murmuró en tono suplicante.

— ¡Wana, qué ocurre!

— Nada. No debiste decir todo eso. «Él» lo está escuchando.

El piloto siguió encerrado en su extraño mutismo y continuó sin dejarse ver.

— ¿Hay algo entre tú y él?

— Las cosas son distintas, allí de donde procedo.

— ¿En qué son distintas?

— En muchos detalles… Por eso no quería quitarme la escafandra… Tenía miedo de que me acariciaras… No es cierto, ¿sabes? No es cierto que no podría vivir sin la escafandra.

Hizo una pausa.

Más allá, los gruñidos del monstruo se acentuaban. El otro se había repuesto y volvía a la lucha.

Los cuerpos de los dos reptiles con patas parecían estirarse para alcanzar a los «pájaros», que ágilmente revoloteaban sobre las

cabezas monstruosas y obligaban a los reptiles a retroceder y a enroscarse.

— Wana… ¿Qué es lo que pasa en realidad? —murmuró él—. Voy a subir a hablar con el piloto.

— ¡No! —exclamó ella.

— Una vez capté uno de vuestros canales de televisión… Nosotros…, nosotros sí habíamos oído hablar de vuestro planeta, aunque sabíamos que, si intentábamos llegar, tropezaríamos con serias dificultades… Bien… en ese programa vi a hombres y mujeres… Me sorprendieron que ellas fueran tan parecidas físicamente a nosotras.

Hizo una pausa y añadió:

— Un hombre estaba besando a una de vuestras mujeres y ella parecía tan feliz… Pensé que sería muy agradable sentirse acariciada.

Hizo una nueva pausa y añadió, mirando a la entrada de la nave:

— Lo siento, Klatto. Es tal como yo pienso.

La voz del piloto habló en esta ocasión en la misma lengua que Herb y el joven pudo entenderlo perfectamente.

— Si éste es tu deseo, quédate en este planeta oscuro y frío.

— No puedo dejarla aquí —exclamó Herb.

— No discutas con él —repuso la joven.

— Escuche, amigo. Si no hay más remedio, me quedaré, pero llévese a Wana. Ella debe salvarse.

Nuevo silencio del piloto.

— Me gustaría decirle cuatro palabras.

— Por favor —rogó la mujer.

Le sujetaba por un brazo, pero Herb se soltó y terminó de cruzar la pasarela.

Instantes después, trasponía la entrada a la nave. Volvió los ojos hacia el pupitre de mandos e inmediatamente sus pupilas se dilataron bajo la escafandra.

Lo que vio le llenó de estupor.

CAPÍTULO XXII

Esperaba encontrar un hombre. Sin embargo, tenía… un robot.

El robot, de estatura corriente, ocupaba un sillón metálico sentado de cara a la entrada.

Su cabeza cuadrada tenía tres ojos electrónicos.

— No le he dado permiso para subir —dijo la voz metálica del robot.

Al hablar el ojo electrónico del centro oscilaba, como si se tratara del movimiento de los labios.

— Usted es el piloto.

— Sí.

— Ella le ha llamado Klatto.

— Es mi nombre. Y Wana me pertenece.

— Wana es una mujer… No puede pertenecer a un objeto metálico, seguramente fabricado en serie.

—Usted sabe pocas cosas de nuestro planeta. No puede juzgar. Será mejor que salga. Voy a regresar.

— No puede dejar a Wana aquí.

— Sí puedo. Los dejaré con los monstruos.

Debió de tocar un botón de algún lugar de una de sus manos, porque los «pájaros» de guerra regresaron, dando por terminada su lucha contra los monstruos.

Se introdujeron en la nave por la cúpula, doblaron las alas y quedaron inmóviles dentro de un compartimiento.

Entonces, Herb advirtió que había otros dos compartimientos y que en ellos descansaban otros tantos pájaros artificiales como los que había visto luchar.

Vio también, a través de una pantalla, como los dos monstruos rugientes se aproximaban a la nave a cuyo pie seguía Wana.

— Oiga, no puede consentir que esos monstruos la destrocen.

— Sálvela usted.

— No es posible abatir a esas «criaturas». Sus pájaros tampoco han podido hacerlo.

— Mis pájaros son invencibles. Adiós. Salga o le pesará.

Herb volvió el tubo del lanzallamas contra el robot.

— Vamos a ver a quién de los dos pasa primero… Voy a destruirle.

El robot guardó silencio.

— Deje subir a Wana y larguémonos de aquí. Una vez en su planeta discutiremos el asunto con más calma.

El monstruo estaba peligrosamente cerca de Wana.

— ¡De prisa!

Siguió la inmovilidad del robot.

Herb se asomó para gritar a la joven.

— ¡De prisa, Wana, sube!

Se volvió cuando el robot intentaba manipular un botón de la nave.

Herb dirigió un pequeño chorro del lanzallamas.

— No intente destruirme. Volaré la nave antes de que lo consiga.

Herb tiró el lanzallamas para usar su pistola.

Apuntó a los ojos del robot. Sabía que la mayor parte de los robots tienen su mecanismo principal en los ojos.

Apretó tres veces el gatillo y el robot empezó a expedir humo por sus ojos apagados.

Una explosión interior lo paralizó totalmente.

Wana apareció en el umbral.

— ¡Oh, no!

—¿Qué?

— ¿Lo has…?

— No era un ser humano. Debiste advertírmelo.

Uno de los tentáculos del monstruo se aproximó.

— ¿Cómo se cierra esto? —preguntó Herb.

Ella reaccionó. Acudió al pupitre y pulsó un botón. La puerta se cerró. A través de la pantalla pudieron ver a los monstruos que parecían atacar cerca de la nave a algo invisible.

— Ponla en marcha. Ya me explicarás después cómo funciona.

Ella miró a la pantalla.

— Los monstruos no podrán aproximarse… He pulsado un botón

y ahora la nave está protegida por un escudo. Es una coraza difícil de captar con los ojos, pero su material resulta indestructible.

A través de la pantalla podían observar los movimientos de los monstruos y podían escuchar sus gruñidos.

Ella lanzó una última mirada al robot.

— Ahora no puedo regresar…

— Es sólo un muñeco de fábrica.

—¡Herb! No te lo dije… ¡Hay tantas cosas que ignoras!

— Tú no eres una muñeca… ¡Quítate la escafandra…!

Lentamente, ella le obedeció.

Bajo la máscara transparente apareció su rostro hermoso, de piel suave y tersa y su abundante cabellera pelirroja.

Él se acercó y la tomó por los hombros.

Acarició su rostro y sintió como la mujer se estremecía.

Entonces la besó, y ella, dominada por la pasión de aquel beso, permaneció como magnetizada entre los poderosos brazos del joven piloto.

— Eres una criatura angelical… ¿De qué tienes miedo?

— Herb… En mi planeta… Todos los hombres… Lo que nosotros llamamos hombres son… así. —Y señaló el robot.

* * *

Los monstruos estaban en la tierra. En lo que quedaba de una tierra extinguida. Estaban en su ambiente, en la nueva era del hielo. En adelante, serían sus nuevos habitantes; excepción hecha de los que tuvieran la suerte de sobrevivir bajo tierra.

La nave se alejaba y un hombre y una mujer, solos en el universo infinito, se disponían a empezar una nueva vida.

Ella terminó de aclarar algunos puntos:

— A un hombre, hace muchos períodos de tiempo, se le ocurrió mecanizar nuestros sistemas. Creó los robots y anuló la voluntad de los varones. La raza se fue extinguiendo.

— Pero las mujeres persisten… ¿Cómo se explica?

—El mismo hombre nos detuvo en el tiempo. Creó un proceso para no envejecer; pero, si escapamos de su dominio, perderemos el poder de nuestra juventud… ¿Te das cuenta? En cualquier momento, mi fisonomía puede cambiar. Yo no puedo obligarte…

— Correré el riesgo —sonrió él.

La nave marchaba impulsada por un combustible desconocido para Herb, y era conducida automáticamente. Únicamente para variar el rumbo se hacía necesario que alguien manipulara los mecanismos.

— Ese hombre, que decidió extinguir a los seres humanos varones y sustituirlos por robots y dejó a las mujeres en perpetua juventud… debe ser el dueño absoluto de vuestro planeta.

— Ese hombre ya no existe. Desapareció en el espacio. Tuvo un accidente.

— Pues entonces…

— Son los robots los que disponen. Ordenan, crean… Y nadie puede desobedecer sus órdenes… Ahora mismo, si yo regresara, sería destruida.

—Está bien. No regresaremos nunca… Busquemos algún lugar. El cosmos es inmenso. No importa dónde sea. Aunque se trate de un lugar primitivo.

Sonrió. Ella también.

— No temas volverte vieja. Alguien lanzó una teoría… El tiempo no existe en el espacio. Los cuerpos no envejecen… Tú y yo nunca envejeceremos.

— ¿Tú crees?

— Mira, Wana. Yo también tengo mi teoría particular. A veces, ¿sabes?, vale más una hora de felicidad que una vida de privaciones.

Se calló unos momentos para mirar a los mandos y luego añadió:

— ¿Crees que tendremos combustible suficiente?

— Esto no es problema. La fuente de energía es continua. Se reproduce. Nunca falla el combustible.

— Pero tu nave…

— Mi nave era distinta. Las automáticas sólo pueden usarlas los robots.

— ¡Vaya! Son simples artefactos de fábrica y ya se creen superiores a una mujer de carne y hueso.

Volvieron a mirarse.

Él la besó.

En la pantalla, las figuras de los monstruos del hielo eran ya dos puntitos insignificantes.

Poco después, todo el planeta era un punto en el espacio. Una estrella sin luz, que acabó haciéndose totalmente invisible.

Resultaba desolador pensar que allí, en el infierno, existía un planeta completamente muerto.

La nave siguió su curso.

Y más allá, cuando cruzó la zona donde las estrellas volvían a brillar, fue un punto luminoso más alejándose hacia nuevos mundos.

Sus ocupantes, Herb y Wana, no tenían demasiada prisa por llegar a ninguna parte.

Únicamente les importaba vivir. ¡Vivir!

F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.



HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.



ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.